

INFORME
Y
DOCUMENTOS

Damián Deveuster
Ira B. José Dutton

MADRID 2001

I N D I C E G E N E R A L

I. ÍNDICE	2
II. INFORME SOBRE LA LEPROSERÍA - P. DAMIÁN	3
- Presentación	4
- Un informe revelador - Prólogo (C. Rademaker)	6
- Informe - P. Damián Deveuster	11
- Oración al beato Damián de Molokai	26
III. DOCUMENTOS - Ira Barnes José DUTTON	27
- Relación de los tres Documentos.....	28
- Entorno Histórico	30
• 1.- Notas	39
• 2.- Declaración	43
• 3.- Revisión	51
- Biografía breve de I. B. José Dutton: "Hermano Dutton: en la escuela de Damián"	58
- Oración con Damián de los pobres	61



Unidos en vida y después de la muerte, como revela esta toma feliz del cementerio y de la bahía de Kalawao, al costado de la iglesia de Sta. Filomena. Tras la tumba de Damián se aprecia la de J. Dutton cercada de una valla baja de hierro; en la cabecera un pedestal cuadrado de piedra, en el que se apoya otra más ancha tallada en triángulo por los cuatro lados, que sostiene una cruz de piedra. Más allá del "hasta que la muerte nos separe"

INFORME SOBRE LA LEPROSERÍA

Damián Deveuster

P R E S E N T A C I Ó N

El P. Vital Jourdan, ss.cc. relata en su libro (“Le Père Damien de Veuster”, Braine-le-Comte 1931, pg. 541), primera biografía fundamental del Padre Damián, las circunstancias en que fue escrito este INFORME (pgs. 416-417), a petición del Sr. M. Warren Gibson, primer ministro del reino de Hawaii y Presidente del Comité de Sanidad del gobierno, directamente responsable de todos los asuntos concernientes a la leprosería de Molokai.

Dice el P. Jourdan: “Entonces se le pidió al apóstol un trabajo diferente. En el mes de Enero de 1886, recibió esta carta de Honolulu:

“El Presidente del Comité de Sanidad prepara un estudio a base de los informes muy valiosos recibidos de los países extranjeros en los que domina la lepra, con la intención de publicarlo. Su Excelencia desea, en esta circunstancia, proporcionar a la ciencia médica todas las informaciones posibles acerca de la enfermedad, tal como existe en nuestras islas. Su Excelencia confía en que podréis redactar las cosas que interesarían al mundo entero y tendrían un gran valor para la vida de los pobres leprosos, como resultado de los conocimientos que habéis adquirido gracias a vuestro propio sacrificio cristiano...”

“Estando ya tan enfermo, el P. Damián no dudó en consignar los frutos de su experiencia, con referencia a los alivios más eficaces y más prácticos que exigían los infortunados habitantes de una leprosería como la de Molokai. Sus observaciones llenan un cuaderno de cincuenta grandes páginas, del que tenemos el original entre las manos, redactado en inglés, completado con un apéndice de una decena de páginas sobre la propagación de esta peste. Como afirmaciones de un testigo excepcional, son los datos más seguros para la historia del lazareto desde 1873 a 1886. Estas páginas, por otra parte, están llenas de sugerencias importantes, en las que se inspiraron la mayor parte de las mejoras introducidas posteriormente en la colonia y que hoy día son considerables”. Hasta aquí las palabras del P. Jourdan.

Esta traducción que ofrecemos del Informe, se ha realizado sobre el texto “oficial” francés, traducido del original inglés. El texto francés empleado se encuentra en el libro titulado “*Disquisitio de quibusdam quaestionibus vitam servi Dei spectantibus ex officio concinnata*” (texto en francés), Roma 1974, de 30x20, 199 pgs. El Informe se halla en las pgs. 104-118. Este libro tan valioso, por desgracia es muy poco conocido. Es el fruto de una investigación más amplia y detallada, que pidió Roma, sobre algunos puntos de la vida del P. Damián, al no parecer suficientemente aclarados, a juicio de la Comisión de Cardenales que estudiaba los documentos ya presentados para la causa. Esto obligó a realizar nuevas investigaciones, tan fructuosas como para que se imprimiera su resultado en este documento biográfico-crítico, que la Postulación de la causa añadió a los anteriores documentos. Resultaron más que suficientes.

Al tener ya traducido todo el texto de la *Disquisitio*, a falta del largo repaso de corrección y puntualización, nos ha parecido interesante extraer este singular documento del P. Damián como homenaje al “beato Damián de Molokai” en su fiesta litúrgica, el día que rememora el de su entrada en la leprosería el 10 de Mayo de 1873. Su celebración en este año 2001, nuestro año 201, que inauguran el paso a nuevo milenio y centenario, parece pedir que nos ofrezcamos algún regalo en su honor, algo que nos anime

Así mismo, el texto francés se halla en el libro fotocopiado, en DIN A4, “*Lettres du Père Damien de Veuster, 1840-1889*”, Roma 1990, pgs. 449, recopiladas y publicadas por la misma Postulación General de la Congregación, personalmente por el P. Ángel Lucas, ss.cc. Ha coordinado su traducción al castellano y en estos momentos es probable que ya haya coronado su obra. El Informe se encuentra en las pgs. 333-347.

Por fin, hay que referirse al “*Centro de Documentación e Información Damián*”, de Lovaina, en St. Antoniusberg, lugar de su tumba. Después de estar ya inaugurado, apareció una información sobre él en INFO, nº 55, junio de 1990, pgs.63-66, con fotografías en sus páginas finales X-XI. Tiene unos amplios y bellos locales en esta calle, que recogen su Documentación y ofrecen a la venta materiales sobre el P. Damián para quienes se acercan por allí. Últimamente se ha elevado y ampliado a categoría de “*Proyecto Lovaina*”, en el que se han agregado dos hermanos holandeses, dentro de la nueva cooperación conjunta entre ambas provincias. El Proyecto se ha diversificado en varios otros fines, principalmente de proyección social.

Desde mediados del año 1990 hasta el 1994, publicaron un boletín, “*Damien-INFO*”, que sacó tres ejemplares ordinarios al año, más otro extraordinario y monográfico. El primero de estos últimos fue el “*RAPPORT du Père DAMIEN sur la Léproserie de Molokai, 1873-1886*”. *Numéro special 1991, pgs. 31*. En ese tiempo se publicaba en tres lenguas, neerlandés, inglés y francés. Posteriormente están siendo publicados solamente en neerlandés. De ese primer boletín especial, hemos tomado lo que en las otras dos ediciones anteriores no se encontraba:

La presentación que hace del *Informe* el P. Cor Rademaker, ss.cc., con el título de “Un informe revelador”.

El apéndice, apartado 9, sobre “La propagación de la lepra”, con que lo acabó el mismo P. Damián.

Esta contribución al conocimiento de la historia de la Congregación, a través de uno de sus preclaros hijos, siempre será un medio añadido, excelente en este caso, para que con el “...*Espíritu podamos levantarnos y entrar juntos con nuevo impulso en el tercer siglo de nuestra historia, proclamando que el Señor ha estado grande con nosotros...*”. Damián fue un ungido del Espíritu, por el que hizo historia, ese “evangelio” y lugar teológico que contiene “nuestro espíritu”, tal como no lo puede conservar, de modo tan vivo y auténtico, documento escrito alguno.



UN INFORME REVELADOR

En marzo de 1866, Damián De Veuster redacta un informe actualizado sobre la marcha de los asuntos en la colonia de los leprosos de la isla de Molokai, en Hawaii. En ese momento, ya ha trabajado trece años entre los leprosos y también sabe, desde hace algunos años, que él mismo está atacado por la enfermedad. El informe lo redacta respondiendo a la petición insistente del presidente del “Comité de Higiene” de Hawaii, instancia gubernamental a la que siempre ha estado confiado el cuidado de la colonia y de los leprosos que están allí encerrados desde 1866. Tras los penosos años del comienzo, se fue manifestando gradualmente una mejora en las condiciones de vida de los allí relegados. Es evidente que estas mejoras indispensables se han debido, en gran parte, a los esfuerzos de Damián De Veuster.

El autor de este informe no es un desconocido. Recordamos aquí tan solo algunas fechas y hechos importantes de su vida. José De Veuster nació en Trémelo, en Bélgica, el 3 de enero de 1840. En febrero de 1859, entró en la Congregación de los Sagrados Corazones en Lovaina. El 23 de octubre de 1863, se embarca como misionero para las islas Hawaii, aunque no sale del puerto de Bremen (Alemania) sino el 2 de noviembre, para su primer puesto de misión, en la misma isla grande de Hawaii. Permanece en ella hasta algunos días antes del 10 de mayo de 1873, día en que fija su residencia en la colonia de los leprosos de la pequeña península de Kalawao, en la isla de Molokai. Se ocupa activamente por el bienestar espiritual. Poco después de su llegada a las Hawaii, el 19 marzo de 1864, se le ordena de sacerdote. En junio de 1864, parte y material de sus leprosos. En 1884, se descubre a sí mismo leproso, con la confirmación personal del Dr. Arning. Sigue trabajando todo el tiempo que puede hacerlo. Su fin heroico acaece el 15 de abril de 1889.

No sin razón he llamado a la exposición que hizo Damián “Un informe revelador”. El autor ofrece, por decirlo así, un doble retrato de la colonia de los leprosos. Compara cada vez la situación de la colonia que encontró a su llegada en 1873, con la situación claramente mejorada de 1886. El informe da por esto una imagen muy clara de la situación de la colonia después de que Damián hubiera trabajado en ella durante 13 años. Si la mejora es, sin duda alguna, debida en gran parte al hombre que escribe el informe, él mismo es el primero en indicar todo cuanto se ha realizado y mejorado gracias a los esfuerzos de las instancias oficiales hawaianas y a las iniciativas privadas. Nos tienta demasiado atribuirlo con exceso a Damián, y en este punto también se puede calificar de “revelador” el informe. Es relativamente corto (el informe) y de una calidad histórica impresionante, en todo cuanto concierne, en lo bueno y menos bueno, a una comunidad de leprosos, que gracias al trabajo de Damián ha gozado de un renombre mundial.

Se encontrará aquí el texto, tan completo como es posible, del informe de Damián, redactado en marzo de 1886. Damos en primer lugar un resumen del contenido, explicando algunos nombres y palabras que aparecen en el texto. Se evita así al lector el buscar notas y explicaciones. Damián mismo subdivide su texto en una decena de apartados, esquema que hemos respetado. Recorrámosle ahora, apartado por apartado.

1, La introducción describe a Damián tal como era en mayo de 1873 a su llegada a Molokai. Tiene entonces 33 años y goza de una salud excelente. En el momento en que Damián ejerce su actividad en Hawaii, reina Kamehameha V (1863-1872). Cuando Damián es escogido para Molokai, acaba de subir al trono William Lunalilo. Su reinado será muy corto (1873-1874). David Kalakaua es quien le sucede (1874-1891). Damián canta alabanzas sobre este monarca porque hace mucho en favor de los súbditos leprosos. De hecho, es el Comité de Higiene quien en primera instancia es el responsable de la colonia. El represen-

tante oficial del Comité, el plantador alemán de caña de azúcar, Rodolfo Meyer, habita en la misma isla de Molokai. Tiene su casa fuera de la colonia, en amplias extensiones de terreno que cultiva en las enormes alturas que cierran a la península contra el mar. Esas extensiones van descendiendo hasta morir en las playas de la costa sur de la isla. En Kalawao hay un director residente. Damián tiene numerosos contactos con estas personas, a todos los niveles. En colaboración con ellos, trata de mejorar las condiciones de existencia de sus leprosos. En los momentos de su llegada, la situación es aún penosa y desorganizada. Los enfermos habitan en sus chozas a menudo miserables, están abandonados a su suerte y su forma de vivir está lejos de ser ejemplar. ¡Hay mucho que hacer!

2. Después de su introducción, Damián ofrece un resumen sobre la alimentación de la colonia. Es principalmente el **taro**, harina de las raíces de la mandioca, con que los habitantes preparan un plato local, el **poi** o **paiai**. Por cada enfermo, se han previsto 21 libras de este alimento, y cuando falta el **taro**, comen arroz, pan y patatas dulces. Los leprosos cultivan estas patatas dulces, no solo como alimento para tiempos de escasez, sino también para fabricar alcohol a bajo precio. Al final de su exposición, Damián pide que se envíen a Molokai suficientes vacas lecheras, porque según él, la leche es un complemento indispensable en los días de dieta. Da la sensación que mira de modo menos positivo el proveerse de pescado, y sobretodo de salmón.

3. Pasa después al aprovisionamiento de agua. Damián ha realizado ya una conducción de agua para el poblado de Kalawao, un sistema muy simple de tubos, de unos cinco centímetros de diámetro. Igualmente tiene la intención de proveer al poblado opuesto de Kalaupapa, cada día en mayor desarrollo, de su propia conducción de agua. Ha descubierto un magnífico depósito natural de 4 a 5 metros de profundidad y de un diámetro de 17 a 22 metros. No falta más que la cantidad de tubos suficientes para cubrir la distancia de 4 Kms. hasta el almacén de Kalaupapa. Desde hace tiempo el proyecto ya está aprobado, pero nada se ha hecho todavía, a pesar de que en su informe vuelve a insistir de nuevo.

4. Cuando Damián llega en 1873 a Molokai, los leprosos están mal alojados. El gobierno y toda clase de iniciativas privadas envían madera y material para la reconstrucción de casas nuevas y de mejor calidad. No hay mal que por bien no venga... El mismo Damián construye casas para numerosos pobres. Las antiguas cabañas y chozas, construidas con madera de pandano o ramas de ricino y cubiertas con hojas de cañas de azúcar o de otros árboles, o con hojas de pili, son reemplazadas a medida que surgen casitas, construidas con la madera ya aserrada en Honolulu, más iluminadas, ventiladas y blanqueadas con cal. En 1878, la visita de un comité especial, promueve una nueva mejora del hábitat de la colonia.. Este grupo lleva a la cabeza un parlamentario, Walter Murray Gibson, que jugará más tarde un papel importante en el seno del gobierno hawaiano.

5. El asunto siguiente es el del vestido. Al principio, los leprosos no recibían más que una manta y un vestido por año. Demasiado poco, porque el clima es a menudo frío y húmedo. Muy poco tiempo después de la llegada de Damián, se instala un comercio en Kalaupapa. La población puede comprar en él cualquier cosa. Obtienen efectivamente una subvención anual y pueden ganar algo de dinero cultivando, por ejemplo, patatas dulces. Amigos y bienhechores de la colonia envían también regularmente vestidos. Es así como en 1884, la reina, todo un movimiento de actividad se ha puesto en marcha en Honolulu por señoras Kapiolani, que ha visitado ella misma Molokai y escribe a Damián, expide un importante lote de vestidos. Para realizarlo emprendedoras. Lo que no cuenta Damián, es que no se queda contento cuando llegan los vestidos, porque los envíos los dirigen directamente a los leprosos, mientras que a él, que es el gran distribuidor que conoce las necesidades, le

dejan de lado.

6. Damián atribuye una gran importancia a los ejercicios físicos. Aprovecha las numerosas posibilidades que ofrece la colonia. Los leprosos tienen que ir ordinariamente de un poblado al otro a pie o en caballo. Les anima a ello, porque en ambos casos, eso representa ya un ejercicio saludable. Pero también están los trabajos del campo, que por otro lado reportan algún dinero, cuando el Comité de Higiene compra patatas ante la falta de taro. De este modo circula el dinero y hay actividad en los poblados de Kalawao y de Kalaupapa. En el momento en que Damián escribe el informe, se acaba de suprimir, debido a los abusos, el comercio de patatas. Damián clama por su reimplantación, de otro modo a los leprosos les convierten también en pobres.

7. Los *kokuas*, o ayudantes, son el objetivo del apartado siguiente. Los cónyuges de leprosos pueden acompañar a sus esposos a Molokai. Estas personas representan mucho, no sólo para sus cónyuges, sino que aseguran numerosos servicios a los otros enfermos y a toda la comunidad. Sin embargo, Damián se opone totalmente a la llegada de otros que no tienen ningún lazo de parentesco en la leprosería. A menudo son parásitos y ocasionan muchos problemas. Además, cuando han conseguido bastante dinero, se marchan y representan un nuevo foco de infección fuera de Molokai. Lo que Damián desaconseja formalmente, es la llegada de (*kokuas*) niños y jóvenes.

8. El apartado siguiente trata de la moralidad en la colonia. Para Damián, se trata de preservar las normas más elementales de la moral, sin señalar diferencia alguna entre católicos y no católicos. Da una imagen bastante cruda del carácter desenfrenado de los desórdenes a su llegada a Molokai. Señala las causas, principalmente la ociosidad, las danzas, los ritos antiguos paganos y sobretudo la borrachera permanente. Cuenta también cómo él mismo organiza giras, con el director residente, e interviene duramente. Da un corto resumen de su método pastoral. Se siente muy feliz de poder terminar su descripción concluyendo con los enormes progresos realizados y cómo su acción pastoral se ha visto coronada por el éxito.

9. Es igualmente interesante ver lo que Damián escribe sobre del aspecto médico de la lepra. Constata con toda sinceridad que la lepra, en el estado actual, no tiene cura, pero que puede hacerse mucho para aminorar el proceso y proteger a los enfermos de toda otra enfermedad. Al comienzo de la fundación de la colonia, no se había hecho nada a nivel médico. Poco después de la llegada de Damián, llega William Williamson, asistente médico de Honolulu, atacado por la enfermedad. Los dos hombres se reparten los enfermos y comienzan a prestar cuidados con medios caseros. A partir de 1878, hay médicos permanentes en la colonia, que obtienen muy difícilmente la confianza que Damián y William habían adquirido. Con estos médicos tiene alternativamente contactos, buenos y menos buenos, porque él mismo se ha convertido en un aficionado experimentado, pero muy personal. Informa sobre ellos diciendo lacónicamente que no se ha formado un juicio completo con que expresar algo sobre lo que escriben y defienden estos sabios señores.

10. Pero como se le pregunta sobre ello, da en un anexo su parecer sobre la propagación y los peligros del contagio de la lepra. Desde hace ya mucho tiempo se estaba discutiendo sobre la relación que podría haber entre la sífilis y la lepra. Damián está convencido de que existe en la mayoría de los casos. Sin embargo, un pequeño número de pacientes, entre ellos él mismo, no presentan signo alguno de enfermedad sexual. Debe, por tanto, haber otra forma de contagio distinta de la herencia o de los contactos sexuales. Por ejemplo, la inoculación realizada por error, toda suerte de contactos posibles con los enfermos o simplemente la respiración. Para apoyar su teoría sobre la sífilis, Damián alega el número de niños pequeños contagiados. Para él, es la prueba irrefutable del origen de la enferme-

dad en los padres atacados por la sífilis. Pero se probará más tarde que precisamente los niños pequeños son muy receptivos a la lepra, que la contraen habitualmente por contactos íntimos normales con sus padres, pero no necesariamente por la vía sexual.

Damián escribe su informe a petición del actual presidente del Comité de Higiene, Walter Murray Gibson, uno de los políticos más influyentes de Hawaii en los años '80 del siglo pasado. Ha hecho mucho por Molokai y tiene buenas relaciones con Damián, así como con la misión católica. El 30 de junio de 1887, fue dejado fuera de la política. Y desde entonces toma ésta otro rumbo. Pero es en 1886, siendo aún Gibson influyente en Honolulu, cuando Damián le comunica este informe. Lo acompaña con la siguiente carta, fechada el 17 de marzo de 1886:

“Adjunto el informe sobre mis constataciones y mis actividades en la colonia de leprosos durante una estancia de trece años, informe que Vuestra Excelencia me ha pedido redactar. Espero que responda a lo que esperaba”.

Damián envía el informe a Monseñor Koeckemann, Prefecto Apostólico, para que lo haga llegar a Gibson. Se aprovecha de este modo para quedar exento de la obligación, en un cierto desuso, que obligaba a los religiosos misioneros a someter su correo al control de sus superiores. Escribe:

“He recibido del Presidente del Comité de Higiene la invitación oficial de redactar un informe sobre nuestra concesión (en la colonia). Tened la bondad de hacérsela llegar. Al leerla, veréis de inmediato de qué se trata. En vista de que en nuestra administración hay algunos engranajes que no funcionan muy bien, a menudo me siento obligado a tratar directamente con la dirección. Por esta razón os pido cortésmente que me dispenséis del deber de pasar la correspondencia por vuestras manos, dado que estas comunicaciones nada tienen que ver con la misión” (10.03.1886).

Es muy extraño que esta carta esté fechada el 10 de febrero de 1886, cuando el informe se terminó el día 17 de marzo. Algo más extraño: el 31 de marzo Damián escribe de nuevo al Prefecto Apostólico y da en ese momento la impresión de que es sólo entonces cuando puede leer su informe, porque va a ser impreso. Es necesario comparar las frases en cursiva de las dos cartas. Es algo que habría que profundizar si se quiere comprender lo que sucedió. Damián, pues, escribe a Koeckemann el 31 de marzo de 1886:

“Gibson me escribe que encuentra interesante mi composición (42 páginas) y que lo va a enviar a la imprenta. Cuando aparezca, podréis leer mi “entretenimiento”. Por respeto a la misión, lo he trabajado lo mejor que he podido, por cierto sin hablar demasiado ni del sacerdote ni de la religión”.

Uno de los primeros en reaccionar ante este informe, fue Rodolfo Meyer, el representante del Comité de Higiene en Molokai, a quien Damián se lo había dado a leer. Meyer escribe a Damián el 23 de marzo de 1886:

“Ha sido un gran placer leer vuestro informe, y estoy feliz de que hayáis tenido en cuenta algunos puntos que os había señalado. Estos puntos son los siguientes: 1. Volver de nuevo al sistema de ayuda en dinero más bien que en alimentos y ello para animar a las pequeñas industrias; 2. Hacer notar que para aquellos que no tienen otros medios, 6 dólares son insuficientes para vestirse y proporcionarse los productos de primera necesidad; 3. Admitir que creéis que la enfermedad es contagiosa”.

Evidentemente debe ser considerada como importante la reacción del mismo que ha pedido el informe:

“He transmitido vuestro informe a los impresores. De momento dudo un poco de que deba ser introducido el anexo sobre el contagio de la enfermedad. Vuestras sugerencias

cias concernientes a la mejora del aprovisionamiento de agua, han obtenido de tal manera mi aprobación, que en algunos días espero poder enviar a alguien para que vea qué es lo mejor que se puede hacer. Yo mismo he deseado estas mejoras propuestas, pero hasta hoy, toda suerte de obstáculos nos han cortado el camino. Voy a escribir también al Sr. Meyer y en unos días le comunicaré las instrucciones y los poderes”.

El informe de Damián fue publicado en anexo M, páginas CX-CXXVIII, en “Report on Leprosy of the President of the Board of Health to the Legislative Assembly of 1886, Honolulu (P.C. Advertise Steam Print), 1886. El título dado por Damián es el siguiente: “Special report from Rev. J. Damien, Catholic priest at Kalawao, March 1886. A Personal experience of Thirteen Years ‘Residence’”. El informe se incluyó también en su versión inglesa en el libro de Arthur Mouritz, uno de los médicos de la colonia en la época de Damián, *The Path of the Destroyer. A History of Leprosy in the Hawaiian Islands and Thirty Years Research into the Means by which it has been spread*, Honolulu (Honolulu Star-Bulletin Ltd) 1916, páginas 211-228. En esta publicación, ni el fin del apartado 9, ni el anexo posterior del apartado 10 han sido introducidos. Una traducción francesa del informe apareció en los años 1897/98 y 1898/99 en la revista *La Obra del Padre Damián*, publicada en Lovaina por los Hermanos del padre Damián, bajo el título de “Observaciones personales del padre Damián en relación con la lepra”. La hoja *Das Werk des Pater Damian*, editada en Simpelveld, dió en 1889/90, una traducción alemana cuyo título es “Beobachtungen des Pater Damians betreffs des Aussatzes”. Más tarde, igualmente, aparecieron varias traducciones y ediciones de este mismo informe. Por fin, queda por señalar que el manuscrito original del Padre Damián se conserva en los archivos de Hawaii en Honolulu, precisamente en el dossier “Hansen’s Disease”.

El texto francés que publicamos aquí está tomado de la obra magistral del padre Odilon van Gestel ss.cc., *Le Père Damien de Veuster. Vie et documents*, Leuven (desgraciadamente no publicado), 1936. Este texto difiere en algo de los otros textos en algunos puntos accesorios, pero como no se trata aquí de una edición crítica, no se hace mención de ello.

Esperamos, con esta nueva edición del informe revelador de Damián, aportar una modesta contribución al interés, ya en clara progresión después del año jubilar centenario de 1889, por la vida y la obra de José Damián De Veuster, sacerdote y misionero.

Cor Rademaker ss.cc

28 febrero 1991

INFORME



Algunas palabras de experiencia personal adquiridas durante mis trece años de estancia entre los leprosos de Kalawao



Debido a una Providencia especial de Nuestro Señor que, durante su vida pública, dio señales de particular conmiseración hacia los leprosos, mi camino, como sacerdote católico, fue orientado hacia Kalawao, en mayo del año de Nuestro Señor de 1873. Tenía yo entonces 33 años y gozaba de una salud robusta. En esa época, Lunalilo era rey de Hawai y E.O.-Walle presidente del Comité de Sanidad.

Un gran número de leprosos había llegado recientemente de las diversas islas, eran ochocientos dieciséis. Varios de ellos me habían conocido en la isla de Hawaii, donde anteriormente había residido como sacerdote misionero. Los demás –la mayor parte- me eran desconocidos.

Kalaupapa, el poblado en que se desembarca, era en aquella época un barrio casi desierto, que no tenía más que tres o cuatro cabañas de madera y un pequeño número de antiguas chozas, hechas con cepellones de hierba. Los leprosos tenían prohibido ir allí, excepto los días en que llegaba un vapor. Habitaban todos en Kalawao. Unos 80 estaban en el hospital, en el mismo barracón que aún hoy se conserva. El resto de los leprosos, con un pequeño número de kokuas (ayudantes no leprosos), tenían fijada su morada más abajo por el valle. Habían cortado viejos pandanos o punhalas para construir sus casas. Sin embargo, muchos se habían servido para sus reducidos refugios tan solo de ramas de árboles de ricino y habían recubierto sus débiles armazones con hojas de “ki” o de caña de azúcar, las mejores con hierba de “pili”. Yo mismo me albergué, durante varias semanas, a la sombra del único punhala que quedaba y que aún se encuentra en el cementerio.

Bajo tales techos primitivos, todos estos desdichados desterrados de la sociedad, más o menos extraños los unos a los otros, vivían entremezclados sin distinción de edad ni de sexo, sin clasificación alguna según fuera el estado de su enfermedad avanzada o reciente. Mataban el tiempo jugando a las cartas, bailando el “hula”, bebiendo una especie de cerveza fabricada con la raíz del ki y con los excesos que eran su consecuencia necesaria.

Todas sus cosas, en general, estaban muy poco limpias y decentes, sobretodo a causa de la falta de agua que, en esa época, debían transportar desde bien lejos. El olor de sus basuras, añadido a las exhalaciones de sus llagas, era en verdad repugnante e insoportable para un recién llegado. Más de una vez, cumpliendo cerca de ellos mi deber de sacerdote, me vi obligado no tan sólo a taparme la nariz, sino a salirme rápidamente al exterior para respirar aire puro. Para proteger mis piernas contra un extraño picazón que sentía cada noche después de haberlos visitado, tuve que pedir a uno de mis amigos un par de gruesas botas. Como antídoto contra el mal olor, me acostumbré al uso del tabaco; el olor de la pipa me preservaba un poco de llevarme en los vestidos las emanaciones fétidas de los enfermos.

En esta época, los progresos de la enfermedad eran horrorosos y el número de muertos considerable.

Estos son algunos de los recuerdos de lo que vi y experimenté aquí al comienzo de mi apostolado. La miserable situación de la leprosería era tan horrible en aquella época, que sólo merecía el nombre de cementerio viviente. Me siento feliz al comprobar, y espero probarlo más adelante, que este nombre no se aplica ya a nuestro establecimiento.

Después del acceso al trono del rey Kalakaua hasta el momento actual, el gobierno de Su Majestad, ayudado por la caridad cristiana, se ha esforzado, paso a paso, por mejorar la condición de los leprosos y hacerles la vida más agradable.

Creo estar capacitado para exponer, desde mis propias observaciones y mi experiencia, lo que puede contribuir realmente a la mejora y bienestar de los leprosos y, por otro lado, lo que para ellos es dañoso e injurioso. Probaré estos dos puntos estableciendo un paralelo entre las condiciones ya descritas, que existían a mi llegada aquí y la situación confortable en el momento presente.

1.- Las ventajas de una buena dieta.

La alimentación de los leprosos tiene una gran influencia en su salud. Nuestro “taro” hawaiano, que contiene mucha fécula y es de fácil digestión, es nuestra mejor b-gumbre, hasta el punto de que no he constatado en él efectos nocivos ni tan siquiera en momentos de fiebres ni en los restantes males a que los leprosos están sujetos con tanta frecuencia. El pueblo hawaiano en general, pero especialmente nuestros leprosos indígenas, no pueden pasarse sin él. Recuerdo, hace ya alrededor de diez años, que por haber estado privada la leprosería del taro durante casi tres meses, por la escasez de este vegetal, se presentaron varios casos de muerte y un buen número de nuestra gente parecía que se hubiera atrofiado, aunque tenían arroz y patatas dulces en abundancia.

Como la administración nos provee cada semana del taro para seiscientas o setecientas personas, a razón de veintiún libras de taro hervido por individuo, quizás tenga interés escribir unas palabras sobre la manera de obtenerlo.

En la costa norte de Molokai, hay tres grandes valles: Halawa, Vailou y Pelekunu, en que los indígenas, en gran número, se dedican casi exclusivamente al cultivo del taro. Hemos de recurrir a ellos para procurarnos, generalmente, el que nos falta. Lo escarpado de las rocas impide toda comunicación con los caminos de la otra vertiente: de ahí la necesidad de transportar el taro cocido o “poi”, por el mar, ya en barcas abiertas o en pequeñas goletas, como se realizaba en un principio, o bien en vapores (“stimers”), como se viene haciendo en estos últimos tiempos. Nuestra gente prefiere con mucho los vapores, debido a su regularidad. La calma o el mal tiempo impiden, muy a menudo, a las goletas o a las barcas llegar en el momento en que empiezan a faltar los alimentos. Se quedan entonces inevitablemente privados de su poi, que se pudre en el mismo lugar en que lo han cocido, sin que nadie gane con su pérdida.

Cuando no podemos procurarnos el poi, se reemplaza por el arroz o las galletas, de los que siempre se tiene una cierta cantidad disponible. Sin embargo, todos reconocen que, a excepción de los chinos, nadie, ni indígena ni extranjero, puede vivir usando el arroz como alimento principal. Un cierto número de nuestros leprosos, a pesar de estar sus manos más o menos mutiladas, consiguen un cultivo reducido de patatas dulces que, por variar o ante la penuria absoluta, reemplazan de algún modo la alimentación del poi. Desgraciadamente, a algunos de nuestros hawaianos les gusta mucho cierta bebida hecha con las patatas dulces. Dejando fermentar los tubérculos, se procuran un licor nocivo y muy embriagador, que los enloquece. Como cualquier otro alcohol, este licor los excita y los debilita. Me alegra poder expresar aquí mi sincero agradecimiento a la administración local por la sabia

idea que ha tenido prohibiendo su uso.

Aparte de su alimentación ordinaria, un medio litro de leche buena procura una bebida alimenticia, dentro de su régimen. Naturalmente se vive con la inquietud en el alma por hallar el medio de obtener una cantidad de leche suficiente para tanta gente. Ruego se me permita expresar mi punto de vista. La leprosería, en la mayor parte de su territorio, ofrece la mejor tierra de pastos para el ganado, y querría sugerir a la administración, con mi mayor energía, la idea de aumentar cuanto sea posible el número de buenas vacas lecheras. Desgraciadamente, por la gran cantidad de carne que se necesita – alrededor de cinco mil libras por semana – y por el retraso frecuente en la llegada de bueyes para la matanza - nuestros carniceros se ven obligados a sacrificar un número, más o menos considerable, de vacas lecheras. Por ello, en consecuencia, ha comenzado a disminuir, progresivamente, una enorme cantidad de leche.

Permitan les haga constatar, con desagrado, que desde hace ya varios años ni la décima parte de nuestros leprosos que no están en el hospital, ha tenido la suerte de recibir cada día un poco de leche. Pido se me permita formular aquí un proyecto, tan provechoso para el Comité de Sanidad como para los leprosos: solicitar a la nueva legislatura, además de la asignación ordinaria para el cuidado de los leprosos, un suplemento de subsidios que permitiera enviar inmediatamente tantas cabezas de ganado como nuestra hermosa planicie pueda alimentar en sus pastos, es decir, de quinientas a mil; de ellas un cierto número para leche y reproducción y las restantes para el matadero. En cuanto al salmón, como medio de reemplazar la carne, humildemente les haría observar que se puede autorizar su uso, pero lo menos posible.

2.- Las ventajas de un buen aprovisionamiento de agua.

Desde el lugar de desembarco, en Kalaupapa, hasta Kalawao, no hay una sola corriente de agua regular. Felizmente en la parte superior del valle de Kalawao hay agua, no muy abundante, es verdad, pero suficiente para aprovisionar al poblado, si se organiza de modo conveniente.

A mi llegada aquí, los leprosos se veían obligados a llevarse el agua que necesitaban, desde ese barranco, en barriletes de aceite, que transportaban a las espaldas o sobre la cabeza. Era algo bien penoso. También lavaban allí sus vestidos. La penuria de agua en aquella época explica, en parte, la enorme suciedad que había en las personas y en sus vestidos.

Durante el verano de 1873, nos regalaron algunos tubos. Todos los leprosos se ofrecieron para colocarlos y construir un pequeño depósito. Desde entonces, Kalawao ha estado bien provisto de agua, buena para beber, bañarse y lavarse. Esta es también la razón por la que nuestros leprosos prefieren permanecer en Kalawao en lugar de en Kalaupapa, donde aún hoy hay que recurrir al agua de lluvia o al agua estancada. En las épocas de sequía, se ven además obligados a ir en busca del agua a Kalawao. Es lamentable que por razones que me son desconocidas, el dinero otorgado por la legislatura para esta mejora, no se haya empleado en ello, porque la falta de agua buena en Kalaupapa ha sido una penosa privación para este poblado.

Estudiando la cuestión del aprovisionamiento de agua, me enteré de que en la última extremidad del valle, llamado Waihanau (agua ascendente), que está situado a poco más de una legua al sureste de Kalaupapa, existe un depósito natural. Inmediatamente fui en su busca, acompañado por dos blancos entendidos y algunos de mi gente. El hecho es que después de dos mil pies de mal camino llegamos ante un magnífico depósito, fabricado

por la mano de la naturaleza en forma de estanque circular. Su diámetro tiene 72 pies en una dirección y 55 pies en la otra. Sondeando la profundidad, encontramos doce pies de agua a poca distancia de la orilla y dieciocho pies, al menos, hacia el centro. Como el agua estaba fría, ninguno de mis muchachos se aventuró a atravesar el estanque nadando, para conocer su exacta profundidad cerca de la roca escarpada, donde probablemente es muy profundo. El agua es muy clara y tiene un sabor excelente.

A esto hay que añadir que un indígena que durante diez años se ha ocupado en distribuir agua por los lugares de Kalaupapa, a cambio de algún dinero, me ha asegurado que “cuando cualquier otra fuente en las cercanías deja de manar agua, durante las estaciones muy secas, ésta jamás ha dejado de proporcionarle toda el agua necesaria”. Esta declaración ha sido testificada por muchos antiguos residentes del lugar, y cualquiera que haya visto este depósito, lo confirma rotundamente. Esta certeza moral y también el abundante desbordamiento de salida de agua comparado con lo que chorrea de entrada por la parte alta, justifica mi conclusión de que hay un amplio manantial en el fondo. El depósito es perfecto y permanente por naturaleza, por lo que no necesita gasto alguno ni ningún trabajo.

En vez de recurrir a Waikolu para proporcionar agua a Kalaupapa, como se había tenido intención, eso sin contar las dificultades de la mano de obra para construir el depósito y para colocar los tubos, digamos que en más de cinco leguas – gastos en tubos que gravarían pesadamente al Gobierno – yo recomendaría simplemente colocar buenos tubos, a partir de este depósito de Waihanau. El problema de proporcionar agua corriente a Kalaupapa ha sido largamente debatido, pero jamás se lo ha examinado a fondo, so pretexto de que los gastos serían demasiado elevados. Y así permanece hasta hoy este asunto.

Deseo ardientemente que este trabajo sea ejecutado sin más dilación. Por esta razón, desde que estuve seguro de que había agua en abundancia y de que el trabajo de llevarla al lugar requerido, que no está muy alejado, nada tenía de prohibitivo, empecé mi mente y corazón en proporcionar todas las informaciones requeridas y me he tomado el trabajo de medir las distancias. Desde el depósito al almacén de Kalaupapa hay 3.680 pies y todo el terreno está en pendiente gradual. Como tenemos a nuestra disposición un mejor depósito y una provisión de agua más segura que la que hay en Kalawao, empleando tubos de dos pulgadas para la mitad del trayecto y de una pulgada y media para el resto, sin duda alguna el poblado de Kalaupapa puede ser provisto con gran abundancia de un agua pura y buena. Al tener aquí un hombre que puede ejecutar el trabajo y mucha gente que le pueden ayudar, pienso que el gasto, exceptuando el precio de los tubos, sería realmente pequeño.

3.- Las ventajas de buenas viviendas.

La ventilación, en general, es una de las primeras condiciones de higiene. Es muy necesaria para nuestros leprosos, mucho más que ninguna otra cosa, a causa de las emanaciones fétidas que proceden de su enfermedad. En el pasado, nuestros leprosos no poseían más que pequeños cobijos húmedos y casi la mitad vivían tumbados sobre sus lechos, cubiertos de costras y de horribles llagas. Su organismo ofrecía una apariencia débil y ruinoso. En 1874, el gran problema era la mejora de las viviendas de esta gente infortunada, ya que entonces la subvención del Gobierno apenas si era suficiente para proporcionarles la alimentación. Durante el invierno de ese año, un viento violento del sur derribó la mitad de las cabañas que estaban en mal estado y muchos de los leprosos tuvieron que acostarse al aire libre, a pesar de su debilidad, expuestos al viento y a la lluvia, con sus mantas y sus vestidos húmedos y mojados.

Inmediatamente hice un llamamiento ante nuestro amable agente acerca del suceso

y enseguida varios cargamentos de madera aserrada nos llegaron en goletas, para fabricar con ellas sólidas construcciones. A medida que las pedían, todos los leprosos afectados recibieron los tablones necesarios en los que clavan las largas hierbas o sus hojas de caña de azúcar. Más tarde recibimos planchas de latón y también los viejos materiales del antiguo hospital de Kalihi. Fuentes privadas y caritativas nos proporcionaron las placas y la madera para el piso. Los que tenían un poco de dinero, contrataban sus propios carpinteros y los que no poseían nada, fueron ayudados por el sacerdote que, con sus jóvenes leprosos, se esforzó en construir más de una casita. Además había algunos recién llegados que tenían medios para hacer construir sus casas a sus propias expensas.

En 1878, fue enviado por la legislatura un comité especial para inspeccionar Kalawao, porque el Comité de Sanidad había obtenido un mayor subsidio. Por recomendación de este comité, fueron construidas muchas casitas confortables, en las que se añadieron muchas comodidades muy necesarias para los leprosos. El Comité ha proporcionado siempre, gratuitamente, la cal necesaria para enlucir las cabañas. Así, poco a poco y sin demasiados gastos a cargo del Gobierno, se levantaron, con la ayuda de la caridad privada, las confortables casas que forman hoy los dos atractivos poblados, Kalawao y Kalaupapa. Creo que en este momento hay algo más de trescientas cincuenta casas, pequeñas y grandes, casi todas pintadas de blanco y en general arregladas y limpias. Sin embargo a un gran número les faltan buenas ventanas. Naturalmente estas casas no pueden estar suficientemente aireadas, lo que crea una atmósfera desagradable y malsana. Por esta razón ruego al Comité que tome las medidas necesarias para que este asunto pernicioso sea pronto remediado.

Para terminar, tengo la satisfacción de constatar que, si comparo el presente con el pasado, no sólo estos desdichados están hoy alojados y cuidados más confortablemente, sino que en general su enfermedad es menos grave y menos progresiva, y que, en consecuencia, el número de muertos es menor. Esto es debido en gran parte a la mejora en las viviendas.

4.- Las ventajas de vestidos limpios y de abrigo.

Como la leprosería de Molokai se encuentra del lado norte de la isla y está cerrada por el sur con montañas muy elevadas, el clima es en ella naturalmente fresco. Por otro lado, la lepra, al progresar, disminuye la buena circulación de la sangre. Nuestros leprosos se quejan a menudo de falta de calor vital, sobretodo en invierno, cuando tenemos de ordinario un período bastante largo de tiempo frío. Los que poseen vestidos apropiados y de abrigo para defenderse de la estación, resisten en general muy bien, pero los que por negligencia o pobreza, apenas tienen con qué cubrirse, sufren de verdad con el tiempo frío y húmedo; comienzan a tener fiebre y tosen mucho; se les hincha la cara y los miembros y si no se les socorre pronto, la enfermedad ataca los pulmones y mueren prematuramente.

A mi llegada, encontré muy a menudo a los leprosos desprovistos de vestidos contra el frío. Obtenían todos los años un traje y una manta de la administración, pero a causa de su negligencia o por su suciedad, muchos de ellos no poseían, al cabo de unos meses, más que andrajos. Los que tenían amigos fuera del asilo, se sentían felices al recibir de cuando en cuando algún artículo de vestir, pero quienes no tenían amigos y los pobres, sufrían mucho. En aquel entonces no existía un solo almacén dentro de los límites de la leprosería en el que pudieran procurarse un nuevo vestido o cualquier otra cosa necesaria. Los que ganaban algún dinero o lo recibían, se veían obligados a dirigirse al capitán de la goleta, que les hacía las compras. Todos sentimos la necesidad perentoria de tener un almacén en el lugar, y fue una excelente idea del Comité de Sanidad la de inaugurar en 1873 el almacén de Mo-

lokai. Para comenzar, mil dólares del subsidio se emplearon en la compra de la primeras mercancías; la ganancia en el precio de venta al público servía para cubrir los gastos corrientes y en verdad el almacén ha funcionado bien desde entonces, proporcionando a nuestra gente todo cuanto han necesitado.

Cada año el Comité otorga a todos los leprosos un bono de seis dólares que pueden gastar en dicho almacén en lo que necesiten, principalmente en sus vestidos. El almacén ha resultado un éxito hasta el momento y ha sido muy conveniente para todos, del que no podrían prescindir sin dificultades. Además de la prestación del Comité de Sanidad, la caridad cristiana nos echó una buena mano con los vestidos y no podemos por menos de expresar por ello nuestra gran satisfacción. En el pasado, no era raro recibir alguna vez todo un cargamento de ropa que podíamos distribuir a los indigentes. Tal fue, por ejemplo, la ayuda prestada hace año y medio por Su Majestad la reina Kapiolani y por las personas que la ayudaron a engrosar su suscripción para los leprosos.

Agradecidos a los que nos han ayudado en el pasado, esperamos que la caridad continuará ayudando al Comité de Sanidad a proporcionar a los infortunados de Molokai, todo aquello que tanto necesitan, sobretodo en vestidos contra el frío. Porque, me permito hacer notar, en este asunto la contribución anual de seis dólares es absolutamente insuficiente para poder procurarse vestidos o las cosas indispensables, a quienes no tienen otra fuente privada, ya sean amigos o parientes benévolos. Me tomo la libertad de someter esta declaración, basada en mi larga experiencia, al honorable Comité de Sanidad, para que la pueda examinar más adelante. La asignación acordada por el Comité de Sanidad, unida a la caridad cristiana y a algunas intervenciones privadas de las que hablaré posteriormente, han contribuido con abundancia a mejorar la situación de los leprosos y les ha proporcionado ropas relativamente buenas.

5.- Los efectos de los ejercicios corporales sobre la lepra y las ventajas que de ellos se siguen para los leprosos.

La lepra es una enfermedad constitucional que obstruye en general la circulación de la sangre, paraliza parcialmente los nervios y los músculos y deteriora a menudo los miembros en cualquier lugar del cuerpo. Cada caso es diferente. Una persona alcanzada por la lepra, que se abandona simplemente a los destrozos de la enfermedad y no hace ejercicio alguno, presenta una apariencia fofa y abatida y está amenazada con convertirse pronto en una ruina completa. Por esto se recomienda hacer todos los días ejercicios, a fin de reforzar el organismo, adiestrar el movimiento general de los músculos y liberar la circulación de la sangre; de este modo se consigue evitar muchos sufrimientos, heridas y otras consecuencias de la postración. En tiempos anteriores, entre 1866 y 1873, todos los leprosos estaban reunidos en el pueblecito de Kalawao. Su gran mayoría se pasaba el tiempo durmiendo, bebiendo o jugando a las cartas. Muy pocos trabajaban en los campos. El número muy reducido de caballos no les permitía tampoco organizar carreras. Más tarde todos los terrenos de Kalaupapa fueron anexionados a la leprosería y pronto fue ya bien fácil hacer ejercicio, porque la costumbre de ir de un pueblo al otro, era una práctica entretenida y sana a la vez, pero a menudo también una necesidad. Felizmente los caballos se multiplicaron y su precio es muy asequible.

Este terreno tiene un suelo cultivable muy fértil y al pie de las montañas doscientos acres están rodeados de una cerca. Cada leproso está autorizado a ocupar en él una parcela vacía que puede cultivar, como algunos lo hacían ya en Kalawao. Ir a pie o a caballo y cultivar la tierra, esas son las ocupaciones más sanas para nuestros leprosos. Permítanme que

haga constatar que actualmente las nueve décimas partes de la población se entregan a esta ocupación y que anteriormente tan sólo una décima parte se beneficiaba de este ejercicio. Esto no solamente detiene el progreso de la enfermedad, sino que preserva así mismo de miserias que de otro modo les abrumarían. Probablemente no hay en el mundo entero un asilo de leprosos que iguale al nuestro y comprometa a sus víctimas en esta especie de ejercicio diario que ejerce una influencia tan bienhechora.

Deseo mostrar algunos hechos para probar cómo ha sido alentada y cómo merece ser animada en el futuro. Desde que el amplio terreno fue puesto a la disposición de los leprosos, como acabo de explicar, varios leprosos, cuyas manos no estaban mutiladas, se pusieron a plantar patatas dulces y la cosecha fue abundante. Durante el invierno, cuando el mal tiempo impedía a los vapores hacer llegar a la leprosería la cantidad de taro requerida – el taro provenía de los valles del costado este de la isla – la administración local se sintió encantada de poder comprar un aprovisionamiento, para la semana, de estas patatas dulces a quienes tenían algunas reservas. De este modo se evitó un corto periodo de hambre, pero a la vez el dinero que antes se desembolsaba ordinariamente para las gentes del exterior, fue entonces entregado a nuestros trabajadores leprosos y se puso inmediatamente en circulación entre ellos. Esto se convirtió en un gran estímulo. Pronto la mayor parte tuvo su campo de patatas dulces. Algo después, pudieron dirigir una petición a la administración local para que se les diera en dinero el valor correspondiente a su ración semanal. La petición fue acogida y a muchos leprosos les sirvió para acomodarse bien. Esta práctica de pagar en dinero el valor equivalente de su ración semanal duró unos ocho años, variando la cantidad a tenor de la cosecha de patatas dulces y a veces según fuera la falta de provisiones de “paiai”.

Aparte la gran ventaja de una sana ocupación para los enfermos, con el dinero de su ración mejoró enormemente la condición de los que se aprovecharon de ella y, al mismo tiempo, el dinero recibido se puso en circulación y produjo entre los dos poblados un intercambio de no pocas pequeñas industrias. El comercio del almacén de Molokai aumentó con ello de volumen, porque los leprosos disponían ahora de fondos para hacer sus compras. Hasta muy recientemente cualquiera se sentía a gusto en la leprosería. Sin embargo, a consecuencia de algunos abusos, se ha abolido este sistema, aunque hay bastante para comer. Este sistema era muy ventajoso para la salud y el bienestar de los leprosos, como acabo de probarlo. No era más caro para el Comité de Sanidad y por esto sugiero humildemente, en nombre de la mayoría de nuestros leprosos, que la administración tenga la bondad de implantar de nuevo este práctico antiguo sistema.

6.- La justicia y la ventaja de permitir a ciertos kokuas acompañar a los leprosos en Kalawao.

En este importante asunto, hay que distinguir entre los kokuas (ayudantes) que están casados y los que no lo están.

A mi parecer, la justicia y la ley divina, lo mismo que la ley civil, exigen que el esposo no leproso pueda, si lo desea, acompañar a su esposa en el exilio de Kalawao, y también a viceversa.

En el cumplimiento de mi deber de sacerdote, diariamente en contacto con estos desdichados, he visto de cerca el resultado funesto de la separación forzosa de los esposos. En muchos casos esta separación se convierte en algo más insoportable que las penas por las angustias de la misma enfermedad. Esta desazón del espíritu no la olvidan después, desgraciadamente, sino quienes se entregan a un desafortado libertinaje; mientras que si los es-

posos siguen unidos, se resignan pronto a su suerte y se acostumbran rápidamente a su destierro. Este contento del espíritu se debe a la presencia del fiel cónyuge, que le prodiga en su enfermedad, a menudo tan larga y tan repelente, cuidados y atenciones que persona alguna puede proporcionarle.

Estoy satisfecho de constatar que por haber sido mejor respetados los lazos del matrimonio por el Gobierno de Su Majestad estos últimos años, a como lo habían sido anteriormente, el estado físico y moral de nuestros enfermos ha mejorado sobremanera, como constato también que están siendo cuidados mucho mejor.

Por otra parte, nuestros buenos kokuas, sin contar los cuidados y las ayudas que prestan, particularmente a los enfermos, son también muy valiosos para la administración local, cuando se trata de hacer cumplir cualquier trabajo público para el bienestar de la leprosería. Con su permiso quiero hacer notar a los honorables miembros del Comité de Sanidad, que además del provecho que la leprosería obtiene de sus ayudas, al mismo tiempo la sociedad queda liberada de un elemento peligroso. Estoy persuadido de que, con pocas excepciones, los que durante un tiempo considerable ya han cohabitado maritalmente con un leproso, son una amenaza continua para la población (en el caso de que no se les permitiera venir de la leprosería. N.T.). He visto personalmente pruebas demasiado numerosas. Dejo a los hombres de la Facultad la responsabilidad de decidir la amplitud del peligro de contagio que representa esta cohabitación.

Aún agradeciendo a los miembros del actual Comité de Sanidad cuanto han hecho por suavizar la suerte de nuestros leprosos, me siento, sin embargo, en la obligación de declarar que desapruero totalmente la llegada aquí de gentes que no están casados ni leprosos y que vienen a la leprosería con la intención de fijar su residencia. Estos son los motivos en que me apoyo:

1°.- A excepción de personas ancianas, estos ayudantes no casados, apenas son constantes ni fieles en asistir a los enfermos, cuando han obtenido el permiso de venir aquí con el fin de ayudarles.

2°.- Son a menudo causa de inmoralidad y hacen contraer a los leprosos malas costumbres; y con sus perniciosos ejemplos son una ocasión de desorden en la colonia.

3°.- Al no tener aquí ningún lazo natural, pueden dejar la plaza cuando lo desean, aún después de una larga intimidad con los leprosos. Aunque la enfermedad no sea todavía visible, es muy probable que lleven sus gérmenes a su familia y de este modo se convierten en intermediarios capaces de extender la enfermedad entre sus amigos.

4°.- No prestan servicio alguno. Cobran por todo cuanto hacen. Cuanto ganan lo derrochan en el juego. Bastante a menudo, pasan el tiempo yendo de casa en casa y se invitan a comer la ración escasa de los enfermos. No tienen residencia fija. Demasiado perezosos para trabajar y aún para procurarse lo necesario, encuentran a veces el medio de apropiarse hasta de los vestidos destinados a los necesitados.

Por todas estas razones, me tomo la libertad de recomendar a las autoridades que sean más severas en adelante. Para impedir todo fraude, antes de otorgar el permiso, sería necesario que se exigiera un certificado escrito de matrimonio.

Por otro lado, las visitas que se permiten a las personas, deberían ser de muy corta duración y se debería ser muy severo para consentir, a cualquier niño sano y a cualquier joven, poner el pie en la leprosería.



Al fondo las inmensas montañas, el "pali", que cerraban contra el océano la península de Kalaupapa, por donde se movían "libremente" los enfermos en su hermosa cárcel. Esta es la parte de Kalaupapa, donde confinaron desde un principio a los enfermos y en la que vivió siempre el P. Damián. La foto está tomada poco después de la muerte (1889) de Damián. Hicieron desaparecer los comedores y dormitorios de los muchachos recogidos por él, para sustituirlos por el *Baldwin Home* (Hogar Baldwin) para estos chicos. Es el que está en la parte delantera de la foto. Llevaba el nombre del terrateniente y financiero de Honolulu a cuya costa se construyó. Su conjunto de casas están dispuestas en cuadro en torno a su plaza central. Fue el lugar de trabajo de José Dutton durante toda su vida (+ 1931), tras la muerte de Damián, ya que la Junta de Sanidad de Honolulu le nombró su gestor y donde varios años le ayudaron cuatro hermanos conversos de la Congregación. A su izquierda, esquina baja izquierda de la foto, se encontraba la misión católica, iglesia y viviendas, que no aparece en la foto, de la que no queda más que la iglesia de Sta Filomena. Más al fondo se aprecia una fila de casas que son los baños que instaló Damián para seguir el tratamiento del japonés Dr. Goto, contratado por el Gobierno para el hospital de leproso de Honolulu. Cada casa tenía una bañera que ponía a temperatura elevada un calentador, agua en que se mezclaban cortezas y hojas de diversos árboles japoneses. Damián tomaba su baño al amanecer, hasta que se dio cuenta que su "curación" no conseguía más que en una cierta suavidad superficial en la piel suya y de los enfermos que quisieron probarlo.

CIFRA DE LA POBLACIÓN LEPROSA AL FIN DEL AÑO

(Durante la estancia del P. Damián en Molokai)

Años	Entradas	Muertos	Hombres	Mujeres	Total
1873	415	142	515	285	800
1874	78	141	455	266	721
1875	178	149	465	279	744
1876	75	119	432	262	694
1877	122	129	433	251	684
1878	209	111	477	305	782
1879	92	204	414	254	668
1880	51	151	352	216	568
1881	195	129	398	236	634
1882	70	111	369	224	593
1883	300	150	453	290	743
1884	108	167	430	252	682
1885	103	142	422	221	643
1886	43	101	389	191	580
1887	220	111	449	239	688
1888	571	236	643	368	1.011
1889	307	149	722	444	1.166
	(3.137)	(2.312)			

Esta tabla sólo muestra el número de los leprosos. Habrá que añadirle el de los empleados de la leprosería, más las personas sanas que acompañaban a sus parientes leprosos. Su número acabaría por alcanzar la centena. Se convertía en una parroquia de un millar de personas a las que Damián tenía que servir.

7.- La moralidad: sus buenos y malos efectos.

He de pedir permiso a mis queridos lectores para hablar de una cuestión muy seria, de la que soy oficialmente uno de los principales representantes. Para evitar la crítica, quiero con amplitud de espíritu dejar de lado, cuanto me sea posible, toda diferencia relacionada con la fe y la creencia. Mostraré qué progresos se han hecho para el bienestar temporal y eterno de nuestros leprosos, haciendo un paralelo entre el pasado y el presente, entre los que aceptan y los que rehúsan las exigencias de la moralidad.

Antes de mi llegada aquí se reconocía, tanto en la prensa pública como en la correspondencia privada, que la necesidad más acuciante en Kalawao era la de un guía espiritual o de un sacerdote. En su ausencia, el vicio reinaba como señor, en lugar de la virtud. Una depravación incalificable tenía rango de ley. A la llegada de nuevos leprosos, los antiguos se apresuraban a inculcarles la falsa máxima: “**Aole kanawai ma keia wahi**”, “*en este lugar ya no hay ley*”.

He oído proclamar este mensaje lo mismo en público como en las conversaciones privadas. Durante mucho tiempo, me vi obligado a combatirlo, viendo que se aplicaba tanto a las leyes divinas como a las leyes humanas. A consecuencia de esta teoría impía, la mayor parte de los solteros, o de las personas casadas separadas de sus familiares por la lepra, vivían en promiscuidad sin distinción de sexo. Muchas mujeres eran forzadas a prostituirse, para tener amigos que quisieran socorrerlas en su enfermedad. Los niños, mientras tenían fuerza, eran empleados como sirvientes. Cuando la lepra ya se había desarrollado demasiado en ellos, estas mujeres y estos niños eran arrojados de la casa, yendo a buscarse un refugio en otro lugar. No era extraño encontrarlos detrás de una tapia, esperando que la muerte llegara a poner fin a sus sufrimientos o que una mano caritativa o alquilada los transportara al hospital. El **aloha** del que se vanagloriaban nuestros indígenas, desaparecía totalmente en estas circunstancias.

Como en otra parte he anotado, el “hula” hawaiano estaba organizado según las costumbres paganas bajo los auspicios de la antigua diosa **Laka**, que tenía un gran número de altares y a quien se ofrecían numerosos sacrificios. Confieso sinceramente que no era pequeña tarea la de destruir la religión y el culto de **Laka** y poner término a las danzas inmorales y a sus abominables consecuencias.

A pesar del estado de desesperación en que se hallaban estos desdichados, en el cuerpo y en el alma, - lo afirmo en su honor - se entregaban menos a las prácticas de superchería de los “kahuna lapaau”, o médicos canacas, que los habitantes de la isla de Hawaii. Esta circunstancia fue alentadora para mí y me dio la esperanza de llegar a ver mi trabajo de sacerdote católico coronado por el éxito.

Me permito aquí una digresión con el fin de señalar otra fuente de inmoralidad: me refiero a las borracheras. Primero quiero explicar cómo se procuran la bebida embriagadora. A lo largo de la montaña crece en abundancia una planta que los naturales llaman “ki” (*Dracoena terminalis*). La raíz de este vegetal, cuando se la ha cocido y hecho fermentar y se destila su producto, proporciona un líquido altamente embriagador. El proceso es muy primitivo e imperfecto y naturalmente el licor no es en absoluto apropiado para la consumición. A mi llegada aquí, la destilación de este horrible licor se hacía a gran escala. Los indígenas que caían bajo su influjo, olvidaban los principios más elementales de la decencia. Corriendo de aquí para allá desnudos, se comportaban en todo como gentes demenciales. Es mucho más fácil imaginarse las consecuencias de tales excesos que describirlas.

La administración local hizo cuanto pudo para poner término a estos horrorosos

desórdenes, pero durante largo tiempo sus esfuerzos resultaron estériles. Habiendo oído que algunos agentes de policía se entendían con los culpables, se decidió que el **guna nui** (gran jefe) y yo, haríamos la ronda. Así fue cómo, empleando las amenazas y la persuasión, pudimos conseguir que nos entregaran sus instrumentos de destilación. Algunos de entre los más culpables fueron castigados; se perdonó a los demás a condición de que se enmendaran. Durante mucho tiempo, como más arriba he dicho, cuando los leprosos estaban bajo la influencia de este maldito licor, lo abandonaban todo, excepto sus indecentes danzas, la prostitución y la bebida. Como no había guías espirituales, avanzaban a pasos de gigante por el camino de la ruina completa y de la perdición. Muchos enfermos quedaban abandonados a sí mismos y muchos otros morían, faltos de asistencia. Los que estaban en estado de poder ayudar a los demás, merodeaban por todos lados en búsqueda de un placer tan pernicioso como inmoral.

Al morir tanta gente, mi deber de sacerdote me ofrecía a menudo la ocasión de visitarlos en sus chozas y aunque mis exhortaciones se dirigían principalmente a los moribundos, golpeaban con frecuencia los oídos de los pecadores públicos que, poco a poco, fueron tomando conciencia de las consecuencias funestas de su conducta y comenzaron a arrepentirse. La esperanza del perdón de un Salvador misericordioso, era el comienzo de la reforma de su vida.

Una gran bondad para todos, una tierna caridad para los necesitados, una dulce compasión con los enfermos y moribundos, junto a una sólida formación de mis oyentes, tal ha sido el proceder constante del que me he servido para introducir las buenas costumbres entre los leprosos.

Uno de los medios más eficaces para destruir la inmoralidad, ha sido el permiso de casarse, dado a los leprosos que no estaban impedidos por un matrimonio anterior. Muchos de entre ellos llevan una vida perfectamente decente. Me siento feliz de poder declarar que, gracias a la benevolencia de la administración local, mi ministerio que parecía ilusorio al comienzo, por la solicitud de la divina Providencia, se ha visto coronado con un éxito espléndido, y las miserias mencionadas más arriba, apenas si existen ya.

8.- Las ventajas de un uso juicioso de los medicamentos.

Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, la lepra ha sido considerada como una enfermedad incurable. Al publicar mi parecer sobre los remedios a usar, debo hacer una distinción entre los casos avanzados y el comienzo de la enfermedad. Con los casos avanzados se puede emplear una aplicación prudente de medicamentos para mejorar la condición de los pacientes, para aliviar sus sufrimientos y frenar un poco el progreso de la enfermedad, pero no con vistas a obtener una verdadera curación, porque tal efecto no puede esperarse, solo un milagro puede conseguirlo. Quizás un próximo porvenir podrá entregarnos el secreto del específico adecuado, gracias al interés creciente y a la perseverancia indomable de los médicos y de los científicos, porque una curación de esta enfermedad no se ha descubierto aún, que yo sepa.

En referencia al caso en que la enfermedad sólo acaba de declararse y aún no se ha desarrollado, según mi parecer, un tratamiento conveniente, una buena dieta, una gran limpieza, una completa separación de las personas leprosas y otros medios usados con perseverancia, son los únicos capaces de dar esperanza de que se podrá eliminar la enfermedad o al menos retrasar su progreso.

Ya hace una veintena de años que fue fundada la leprosería. Se puede dividir este tiempo en tres períodos:

1º.- Como llegué aquí hacia el fin del primer periodo (1866-1873), solamente puedo recordar el estado de la situación tal como lo encontré entonces. Recuerdo que los pobres pacientes no poseían ningún medicamento, excepto algunos purgantes y las medicinas indígenas; me inclino pues a creer que las cosas se mantenían así desde la inauguración de la colonia. Se veía muy a menudo a los leprosos cubiertos de horribles llagas, yendo por los caminos, que a falta de algunas vendas o tiras de tela o de un poco de unguento, se hallaban expuestas al polvo, a las moscas y a los parásitos. No solamente estaban descuidadas sus llagas, sino que cualquiera que tenía fiebre, diarrea o alguna de las numerosas dolencias a que están sujetos los leprosos, caía víctima de ella sólo porque le faltaba un simple pequeño remedio.

2º.- El mismo año de mi llegada a la leprosería (1873), nos llegó un blanco leproso que había estado de ayudante de los médicos en el hospital de Kalihi, en Honolulu. Tenía un gran conocimiento práctico de la medicina y se encargó de nuestro hospital, donde tomó a su cuidado a los ingresados en él. Yo por mi lado me ocupaba de los leprosos del exterior. Nuestra provisión de medicinas, que nos proporcionaba el Comité de Sanidad, comprendía los remedios más elementales. Bien pronto los leprosos notaron que el empleo de estos simples remedios que teníamos, mejoraba mucho su salud; por ello vinieron a vernos más enfermos y gradualmente se constató una mejoría muy notable. Como no teníamos doctor, hacíamos lo que podíamos.

3º.- Durante el siguiente período, alrededor de ocho años, es decir, desde 1878, hemos sido tratados por cuatro diferentes doctores, a los que el Gobierno siempre ha proporcionado valiosos medicamentos de toda especie, los que ellos querían aplicar. Me permito remitir a mis lectores interesados a los informes anuales que estos inteligentes señores han publicado y pido excusas por no enjuiciar sus variados tratamientos.

9. Apéndice. La propagación de la lepra.

Durante mi larga estancia en Kalawao, doctores y amigos inteligentes me han preguntado a menudo mi opinión sobre los peligros y sobre las posibilidades de contraer esta enfermedad y sobre la manera como se propaga. Naturalmente estoy lejos de creer que sea un juez competente en esta disputada cuestión, pero me permito en todo esto expresar mi opinión basada en una larga y constante observación y experiencia.

Hay dos clases distintas de transmisión del germen de la lepra:

- 1.- la lepra unida a la sífilis (un tipo extraordinario de la sífilis)
- 2.- la lepra a secas.

Para precisar más claramente la primera categoría, distinguiría entre el caso en que el germen es transmitido **de padres a hijos** o por **herencia**, y el caso en que es transmitido por una **relación sexual**.

Primero, llamo lepra hereditaria a esa especie de lepra que infecta a un número limitado de personas hawaianas cuya sangre fue viciada hace un siglo por el virus sifilítico; este virus que infecta a los hawaianos, ha sido transmitido por generación de padres a hijos. Es un hecho constante que la mayor parte, si no todos los hawaianos, tiene sangre sifilítica muy desarrollada. Esta raíz envenenada ha producido diferentes ramificaciones, y como nos encontramos ahora al menos en la tercera generación, se manifiesta algunas veces bajo la forma con que la llamamos: lepra. Como prueba me basta aducir que tenemos numerosos niños leprosos en Kalawao, cuya mayor parte han sido infectados, sin ninguna duda, por sus padres sifilíticos.

Quiero recordar aquí el hecho de que esta sífilis terciaria o lepra hereditaria se ha encontrado en niños de menos de tres años. Hemos tenido ocasión de preguntar a madres, aparentemente sanas, cuyos hijos pequeños estaban leprosos. Cuando se les ha presionado con preguntas, reconocieron que estaban sifilíticas antes de la concepción de los niños. Esta es la razón por la que nombro esta forma de lepra en estos desgraciados niños, la sífilis terciaria o lepra, lo que quiere decir que su lepra está en conexión con la sífilis.

Como conclusión quisiera afirmar que apruebo de todo corazón el establecimiento del **Kapiolani Home** para las hijas de padres leprosos, pero querría advertir al honorable Comité de Salud que permanezca muy vigilante con todos los niños nacidos de padres seriamente infectados de la sífilis y de la lepra.

En segundo lugar, el germen de la lepra unido a la sífilis se trasmite de una persona a otra con la relación sexual.

Me explico. Generalmente los hawaianos, sobretodo en su juventud, tienen fama de ser muy licenciosos. Con sus familiaridades despreocupadas, y sin sospechar de los peligros, se convierten en leprosos por ignorancia o por negligencia. A menudo lo ocultan y cuando son descubiertos por sus amigos, se ven forzados a consultar a los médicos. Muchas veces, en vez de consultar a médicos con título, van a ver a algún *kahuna* indígena ignorante. A consecuencia de un tratamiento que nada tiene de científico, lejos de extirparle el veneno de la enfermedad, convierten su caso en algo peor. Estas personas se convierten entonces en una fuente de infección para todos cuantos tienen relación con ellos.

Señalo aquí que esto sucede no solamente en los distritos rurales, sino sobretodo en otros lugares de placer, y también en las ciudades. Aquí tenemos muchos desgraciados leprosos celibatarios, de diferente nacionalidad, como he podido observar. Preguntándoles con franqueza, me reconocen ingenuamente que habían contraído una enfermedad venérea que, aunque tratada por doctores extranjeros o indígenas, había degenerado en lepra, o como algunos la llaman, en sífilis terciaria.

En conclusión, me parece que la lepra de esta clase está a menudo causada por la relación sexual con sifilíticos.

Que se me permita aquí advertir que el Gobierno, implantando leyes que puedan disminuir la inmoralidad, y la policía, manteniendo una gran vigilancia, contribuirían poderosamente a la moralidad y al freno de lo licencioso; con ello ayudarían mucho a todos aquellos que han elegido dedicarse al bien de la sociedad. Hasta creo que su ayuda es absolutamente necesaria si se quiere conseguir la extirpación de la lepra en estas islas

2) La lepra simple y sin más.

Entramos aquí en una cuestión debatida, a saber: el germen de la lepra ¿se transmite de un leproso a una persona completamente sana y libre de todo síntoma sifilítico?; en otros términos, ¿la lepra se transmite con independencia de la sífilis?. ¿Cómo acontece este suceso? Antes de responder a la pregunta, tengo que reconocer que las nueve décimas partes de nuestros leprosos han tenido síntomas sifilíticos antes de contraer la lepra. En general estos síntomas eran las señales precursoras de la terrible enfermedad. La cuestión concierne, pues, a solo la décima parte, más o menos, de los que han contraído la lepra sin infección sifilítica previa.

Por razón de este pequeño número, desgraciadamente me siento obligado a reconocer, tras una madura reflexión y observación y después de haber preguntado a muchas personas, que se impone una afirmación positiva: **sí, la lepra puede ser transmitida y es transmitida sin previa sífilis.**

Presento la segunda parte: ¿cómo se realiza el contagio? Respondo que de dos ma-

neras: por **inoculación** y por **inhalación**.

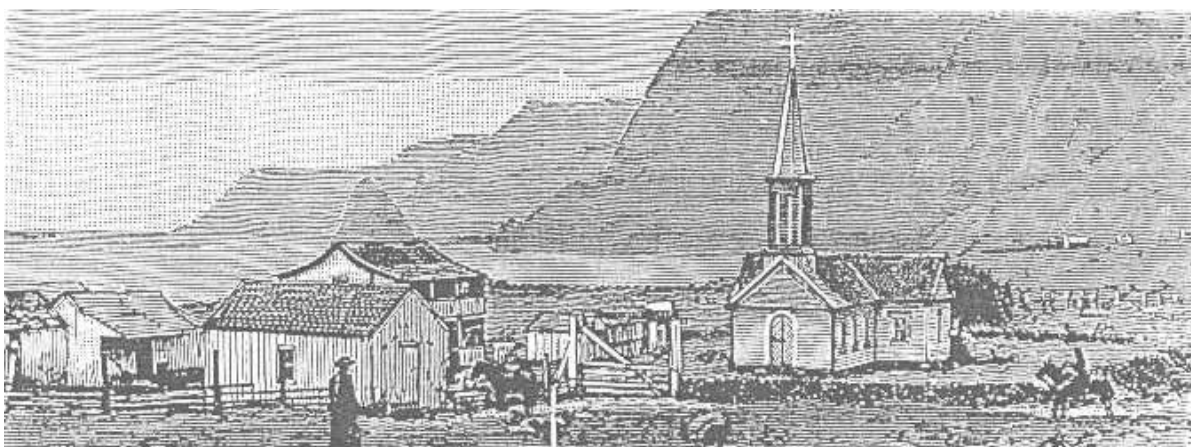
1.- **Inoculación**. Repito y, después de mi larga experiencia, confirmo la opinión de un doctor muy amigo, que hace doce años me advirtió de que yo estaba muy expuesto y propenso a contraer la páfida enfermedad por inoculación. Añado que, a mi parecer, que el periodo de **incubación** por inoculación puede durar, en una persona perfectamente sana, de dos a diez años. Esta inoculación puede acontecer de diferentes maneras, por vacunación, por contacto de la materia leprógena con la corriente de la sangre, por llevar los vestidos de un leproso, durmiendo sobre su cama o esterilla, fumando su pipa, manejando sus utensilios, etc.

2.- **Inhalación**. La lepra se contrae por inhalación cuando se respira un cierto tiempo el aire viciado de sus cabañas y de los lugares en que se encuentran reunidos. Las personas que moran bajo el mismo techo que los leprosos, o están en comunicación diaria con ellos, están muy expuestos a este peligro de contagio.

Para concluir mis observaciones, recomendaría con insistencia la más rigurosa observancia de la ley que prescribe que cualquier persona contagiada por la lepra, de cualquier manera que sea, debe de ser separada de los demás y enviada a la leprosería. La población que siente un miedo espantoso por la lepra, al no estar suficientemente informada, volverá a sentirse más tranquila y lentamente el pueblo se liberará de la terrible plaga contagiosa.

Kalawao, 17 de marzo de 1886

J. Damián, sacerdote católico.



Grabado que reproduce una fotografía tomada por el Dr. Mouritz, médico de la leprosería. Después de entrar en el lazareto el P. Damián en 1873, amplió en 1876 la iglesia de Sta. Filomena, la que había construido en 1872 el hermano Victorino Bertrant. La parte añadida fue la de frente con campanario. Es un documento de gran valor para conocer la configuración de la misión, toda ella levantada por Damián. Detrás de la iglesia asoma el pandano de sus primeras noches. Está toda cerrada, por delante y por detrás, donde se hallaba el cementerio. A continuación de la iglesia se aprecian unas barracas, probable gallinero, tras la puerta amplia de entrada. La casa mayor, con galería en su primer piso, fue la casa de Damián. Delante tiene como una cuadra, probablemente para los caballos. A continuación una casa, con alero alargado en la entrada, "de una sola pieza", que Damián construyó para Dutton. La bahía de Kalawao está cerca como para oír su rumor en la noche. Un hombre a caballo viene del camino, que hacia el fondo lleva a la montaña, el que separaba la misión del orfanato. El clérigo sólo puede ser Damián.

Oración al Beato Damián de Molokai

Por la Congregación y las vocaciones

(Uno)

Beato Damián de Molokai,
que dejaste todo para responder a la llamada del Señor,
que, sin cesar, envía obreros a recoger su cosecha.

Te dejaste conducir por el Espíritu Santo,
que hizo de ti un testigo de la ternura y de la misericordia
de Cristo por cada hombre.

Como María, la humilde sierva del Señor,
descubriste, en el Corazón de Cristo, el amor del Padre
de quien nada puede separarnos.

Con la llama del Amor en el corazón,
te convertiste en siervo de los más pobres,
y por ellos entregaste tu vida hasta el final.

(En dos coros)

Ruega por nosotros, Damián: que vivamos,
como Iglesia ya para la vida en el mundo,
nuestra consagración religiosa,
reforzando gozosos los lazos
de nuestra comunión fraterna.

Ruega por nosotros, Damián: que sepamos
acoger, amar y formar
a todos los que el Señor nos enviará,
a contemplar, vivir y anunciar, con nosotros, su Amor.

Ruega por nosotros, Damián: que demos
nuestra vida, gozosos, como tú, siguiendo a Jesús,
el amigo de los pequeños y de los pobres.

(Todos)

Para que por Él, con Él y en Él
en la unidad del Espíritu Santo,
todo Amor y toda Gloria sean dados al Padre,
por los siglos de los siglos. Amén

DOCUMENTOS

Ira Barnes José
DUTTON

DOCUMENTOS DE JOSÉ DUTTON

Estos Documentos son un obsequio de un amigo de Hawaii, residente en Kaneohe, al norte de la isla de Ohau, en cuya costa sur se encuentra la capital Honolulu, en la cercanía de la tristemente famosa bahía de Pearl Harbour. Se llama Patrick Boland y añade a su propio trabajo las horas gratuitas que éste le permite, para emplearlas en el Archivo–Museo del Padre Damián en Honolulu. Son incontables las ayudas que nos ha prestado, con informaciones y en materiales de todo género, siempre con una admirable generosidad. En el caso de estos Documentos, nos decía: “... fui a la Sociedad Histórica de Honolulu y los encontré”. Quede aquí su recuerdo.

Los Documentos que ofrecemos son tres:

NOTAS sobre la enfermedad de Damian, escritas el 10.03.1889

DECLARACIÓN testimonios sobre el P. Damián, del 12.02.1890

REVISIÓN sobre algunas de las declaraciones, del 01.11.1905

El documento NOTAS es la respuesta de Dutton a la petición del Dr. A. Morrow, leprólogo de Nueva York que llegó de visita a Molokai con la intención de recabar de Dutton la descripción de la evolución de la enfermedad en algunos casos singulares de la leprosería. Dutton transcribió la de 15 enfermos más la del P. Damián. No hizo mas que transcribir, con la mayor fidelidad posible, cuanto el P. Damián le fue relatando. Una vez escrito se lo presentó al P. Damián, quien después de leerlo, escribió al pie de él la palabra “Correct” (correcto). Dutton firmó este y los otros 15 casos el 10.03.1889. Dutton envió las notas, probablemente de todos los casos, al Dr. Morrow y el 13 de junio de 1890 recibió las copias de ellas, al menos la del P. Damián, transcritas a máquina. Estos datos los aporta el mismo Dutton en el “Suplemento” que añadió, posteriormente, a su segundo documento del que ahora hablamos.

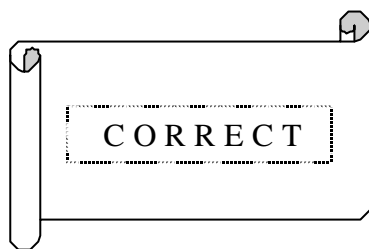
El 12.02.1890 escribió su DECLARACIÓN para el obispo Mons. Koeckemann. No se guardaron las formalidades de un proceso, pero en verdad la intención era que testificara sobre el P. Damián en vistas a un posible proceso de beatificación, que se deseaba en la sede central de París de la Congregación, pero no hallaba el eco debido en los responsables de Hawaii. El mismo Dutton, al inicio, describe la cierta solemnidad con que se comenzó y cómo del interrogatorio inicial se pasó a la decisión de que fuera él mismo quien escribiera libremente su testimonio. Poco después, el 22.05.1890, Dutton añadió un “Suplemento” breve, en el que además de lo ya explicado, anota el deseo del obispo de que sea repartida esta “Declaración” a ciertas personas interesadas, entre ellas el P. Hudson, redentorista y rector de la universidad de Indiana, amigo, propagandista y bienhechor del P. Damián.

Por fin, el 1 noviembre 1905 (ha pasado ya el tiempo), Dutton escribe una REVISIÓN de su Declaración, con la intención de “añadir bastante a ella... no alterando ni cambiando nada en absoluto, sino añadiendo...” Parece evidente que lo que intenta entre otros fines, es aclarar ciertas afirmaciones que han podido causar al menos extrañeza o se han interpretado en un sentido diferente al que el quiso darlas.

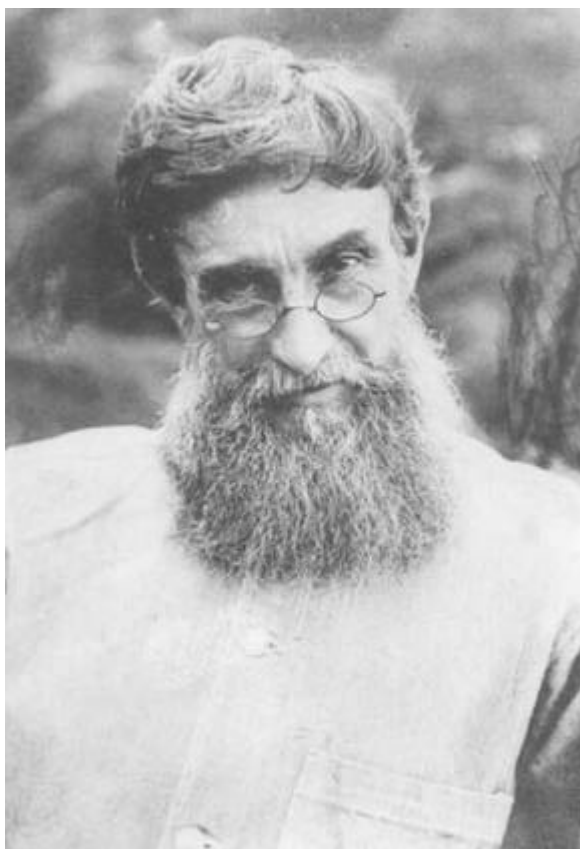
Estos son los que hemos llamado “Documentos de Dutton”, que sin duda han servido para enriquecer el conocimiento sobre la persona y la obra del P. Damián. También para conocer mejor al mismo Dutton, dentro del “entorno histórico” en que desarrolló su incansable labor, junto a Damián y durante muchos años después. Dutton fue sin duda una imagen permanente de la tierna cercanía de la amable providencia de Dios para quienes tanto lo necesitaron, el P. Damián y los enfermos de lepra. Los Documentos se hallan en los archivos de la “Hawaiian Historical Society” de Honolulu, donde los encontró el Sr. P. Boland.

Finalmente hemos de advertir que en los documentos se encontrarán breves notas en el texto, que son las frases escritas en letra cursiva. Son anotaciones manuscritas que posteriormente añadió Dutton en los mismos textos mecanografiados, todas ellas posteriores, de cuando relejó sus tres Documentos el 7 de mayo de 1907, reforzando de nuevo la autoría y la veracidad de cuanto había escrito en tres momentos diferentes anteriores.

Hemos de agradecer la traducción de los textos del original inglés. Los Documentos 2 y 3 los tradujo la hermana Marifé Gargallo, ss.cc., con su buen hacer y en medio de las tareas de su secretaría del colegio de El Paraíso. El Documento 1 fue traducido por Ángel Ramos, ss.cc. para su publicación en el número extraordinario que Reinado Social dedicó, inmediatamente después, a la ya celebrada beatificación de Damián, en su nº 770, de Agosto-Septiembre de 1995.



1910 - Joseph Dutton.



Hermosa fotografía, aunque defectuosa en su reproducción, pero suficiente para apreciar, en sus claros ojos de sincera y limpia mirada, una historia de amor y penitencia, razón de su presencia en Molokai. Impresiona verle envuelto por el esplendor de su barba y cabellera. Un adelantado también en los gustos por las gafas que hoy hacen furor.

ENTORNO HISTÓRICO

La presentación del *“Informe sobre la leprosería”*, del P. Damián, ofrece una oportuna ocasión para acompañarlo, completándolo, con los tres *“documentos”* de José DUTTON, el admirado y querido compañero de Damián en los casi tres últimos años de su vida. Una veneración y amistad estrechas unió a estos dos hombres, de caracteres tan dispares, quizá por eso tan complementarios. J. Dutton se vanagloriaba con razón de que ninguna otra persona había permanecido junto a Damián tanto tiempo continuado, ni con nadie tampoco había mostrado tales detalles de confianza. De sus documentos hablaremos después de esta introducción.

Desde esta circunstancia favorable, ofrecemos unos apuntes biográficos del personaje y del entorno histórico en el que se desarrolló, junto a Damián y después de su muerte, momentos de profundas mutaciones, tanto colonia de los leprosos como en el gobierno de las islas. Dutton desde su lejanía y su prolongada edad, inmerso en el oleaje, será un testigo un tanto pasivo que no alterará para nada sus costumbres ni su escala de valores. El archipiélago pasa de un régimen monárquico autóctono a otro de singular república (1887), aún en vida de Damián, la suficiente para servir de puente y traspasar el archipiélago a manos de los Estados Unidos de América, como territorio anexionado (1898), que al fin se convertiría en el 50º Estado de la Unión (1959), bajo la bandera de las barras y las estrellas con el presidente Eisenhower.

Todos los datos históricos están entresacados de la biografía de Damián escrita por Gavan Daws, Ed. Reinado Social, 1984. Un puzzle de variadas piezas que esperamos ofrezca un cierto conjunto armónico. No parece conveniente ni exacto cerrar la vida de Damián con su muerte. Los acontecimientos posteriores, tienen tanta importancia para la colonia, con las debidas diferencias, como lo tuvo la anterior historia con Damián como protagonista indiscutible y sin el que se explicarían mal todos los acontecimientos posteriores que transformaron la vida de los leprosos de Molokai.

A finales de 1886, Damián escribía al Secretario del Superior General, el P. Javier Weiler: *“El estar privado de la compañía de algún hermano de la Congregación, es más doloroso de soportar que la misma lepra”* (30. 12.1886). Durante los años que siguieron empezaron a llegar cartas en gran cantidad, a Damián personalmente, a sus superiores, al Comité de Sanidad. Procedían de toda clase de gentes, por motivaciones de lo más singulares, todas con el ofrecimiento de servir junto a Damián en su obra conmovedora.

Ira Barnes Dutton arregló las cosas de modo diferente. No escribió ninguna carta. Sencillamente, un día de finales de julio de 1886, apareció en Honolulu y solicitó permiso para ir a trabajar a Kalawao. Después de algunos interrogatorios, consiguió de inmediato del Comité de Sanidad lo que deseaba: una autorización para Kalawao. Desembarcó en la leprosería el 29 de junio. A Damián le gustó inmediatamente. *“Ira B. Dutton es el verdadero ejemplar del hombre abnegado”* (9.8.1886) escribía al primer ministro Gibson. *“Pronto será nuestra mano derecha..., será enseguida mi secretario y mi cajero, ya que el obispo desea que no maneje ningún dinero, etc. Es un verdadero hermano para mí”* (al P. Hudson, Siracusa, Indiana, 23.11.1886)

Arturo Mouritz, médico residente, estaba en la colonia el día que llegó Dutton. Comieron juntos, y Mouritz *le escudriñó cuidadosamente. Vestía una camisa azul de algodón de buen corte, que sentaba muy bien a su figura delgada, flexible y musculosa. Su estatura era de cinco pies y siete pulgadas aproximadamente; tenía oscuros cabellos castaños y*

ojos de un azul grisáceo, una voz profunda, rasgos apacibles y una agradable sonrisa. Era reservado y reflexivo, y no tenía nada que decir sobre las razones que le habían impulsado a buscar su reclusión y trabajo en Molokai, dando la espalda al mundo”.

Dutton tenía cuarenta y tres años, tres menos que Damián. Había luchado en la guerra civil del lado de los norteros, y se pasó los dos primeros años de paz, ocupándose de los muertos de la Unión y recogiendo cadáveres para gestionar su enterramiento en cementerios nacionales. Se casó sin mucha fortuna; se separó de su mujer; comenzó a beber copiosamente y así continuó durante mucho tiempo: un barril de whisky al año, según sus propias estimaciones. Finalmente consiguió el divorcio y se convirtió al catolicismo en 1883, a sus cuarenta años, decidido a consagrar a la penitencia el resto de sus días. Pasó dos años en un monasterio trapense, pero no llegó a pronunciar sus votos. Salió de allí bastante desorientado, pero de una manera fortuita, encontró en un viejo periódico católico lo que sin saber había estado buscando: *una breve referencia sobre Damián.*

Se trataba de algo nuevo y me sedujo maravillosamente, rememoraba Dutton más tarde. Después de reflexionar algún tiempo sobre ello, llegué al convencimiento de que eso era lo que yo andaba buscando: trabajo, una vida de penitencia, soledad y sobre todo, una completa separación del escenario de todas mis experiencias pasadas... Sin embargo, no estaba pensando realmente en esconderme; había mucho de la idea de “empezar de nuevo”, pero el motivo verdadero era el de hacer algún bien a mis prójimos y que ello se convirtiera en mi propia expiación, para hacer penitencia por mis pecados y errores. La única cuestión era: ¿puedo ir allí y ser útil? Dutton había oído hablar de C.W. Stoddard, que, no mucho después de su visita a Molokai, había aceptado un cargo de profesor en la universidad Nôtre Dame, en Indiana. Entonces decidí ir a verle en seguida, para que me dijera; 1º cómo ir a Molokai, y 2º si era seguro que yo podía encontrar allí suficiente trabajo. Y me fui: y le vi; y, como esperaba, encontré una satisfactoria respuesta a ambas cuestiones; por eso me puse en marcha inmediatamente.

Llegado a Kalawao, Damián empezó por llamar a Dutton, de forma no oficial, hermano José; y le puso pronto a trabajar. Dutton no paraba nunca. Era un trabajador totalmente entregado extraordinariamente hábil, y siempre tranquilo: casi de forma sobrehumana. Nadie le oyó nunca levantar la voz o perder sus nervios. Hacía todo lo que podía, sin pedir nada a cambio; o quizás una sola cosa: *Hablando de su obra de caridad, escribía Rodolfo Meyer, por lo menos me dijo tres veces que el único objetivo de su vida era hacer todo el bien de que fuera capaz a esa gente y agradar a Dios Todopoderoso, y que rezaba constantemente y esperaba que sus trabajos fueran aceptables a Dios, y que no concebía una felicidad mayor que si el Todopoderoso premiara sus servicios infligiéndole el terrible azote de la lepra para poder morir Mártir (7.11.1988)*

Damián construyó para Dutton una casa de una sola pieza, cerca de la suya, junto a la iglesia de Santa Filomena y el cementerio. Este encontró el lugar conveniente, lo mismo que Damián. *El cementerio principal que está detrás de mi habitación, escribía Dutton en 1887, cuando había pasado allí el tiempo suficiente para saber que se iba a quedar, tiene unas dos mil tumbas y otras mil están diseminadas por otras partes. Considerándolo todo, este es un excelente lugar para la meditación, rodeado por el mejor símbolo de la eternidad: el océano sin límites.*

La revolución de 1887 de carácter menor e incruento, obligó a Gibson a dimitir y el rey Kalakaua quedó amordazado constitucionalmente. En lo que se refiere a la lepra, realizó una depuración del Comité de Sanidad y un endurecimiento de las leyes de segregación. A finales de 1887, el nuevo presidente del Comité de Sanidad, se puso serio: *“La indulgencia que ha prevalecido durante muchos años en la ley de segregación, ha tenido efectos*

desastrosos... por incumplimiento de los sagrados deberes de la segregación, ni una vida ha de peligrar por obediencia a un sentimentalismo falso". Se empezaron a enviar a la colonia cargamentos de leprosos recién diagnosticados. Según Damián, muchos de ellos eran también leprosos espiritualmente, no solo materialmente. La carga aumentó de peso sobre sus espaldas y no tenía a nadie que le ayudase, excepto a Dutton. Así que, decía, se pasaba el día correteando por todos los sitios.

Cuando Dutton escribe al comienzo de su documento "*Revisión*", ampliando algunos puntos de lo que narró en el anterior de su "*Declaración*", con exactitud y gracia está descubriendo un fondo, el del temperamento de Damián, pero sobretodo el del momento apremiante que está ya viviendo Damián al final de sus días. No le llega el tiempo, todo lo deja a medias, encargando a Dutton que lo remate. De hecho había más trabajo que nunca, porque la leprosería era en 1888 más grande que jamás había sido. El número total de construcciones de toda especie era de 374, el de cabezas de ganado era de 1000, y en los primeros días de la reforma estatal, el número de pacientes en la colonia superaba, por vez primera, el millar.

Pero el trabajo de Damián en sus últimos meses, trabajo en que implicaba a toda su persona, excedía sin duda la capacidad de minuciosa comprensión de Dutton, a veces cicatero en sus observaciones. En Damián persistía la melancolía enervante que le había diagnosticado el Dr. Mouritz, efecto de su enfermedad, añadida a su inquieto temperamento en aquellos atormentados días. Estas contradicciones internas sumadas a las externas, luchaban en su vida. El trabajo llevado hasta los límites de sus recursos, sin duda más allá de los límites normales, le permitía mantenerse en una constante resurrección, física y psicológica, que le lanzaba una y otra vez a seguir trabajando, ante el asombro de Dutton, que se sentía azotado por aquel vendaval. En algún momento escribe sobre sus casi tres años *agotadores*. Su amistad con Damián se lo facilitó, a este hombre que había llegado a Molokai en busca del reposo de su alma, haciendo el bien en santa paz, sin descanso, pero no en medio de tal torbellino.

Como elemento de este entorno histórico cambiante, importa recordar el famoso orfanato que Damián había construido en el poblado de Kalawao a finales de los ochenta. Más tarde se convertiría en el espléndido "Hogar Baldwin", donde trabajarían cuatro Hermanos de la Congregación, con Dutton al frente, por nombramiento del Comité de Sanidad. La paz penitencial tras la que andaba, no se veía ya alterada por nada. Pero por el momento, a mediados de los años ochenta, era Damián quien tenía que cuidarse de un centenar de muchachos y muchachas. A fines de 1886 comenzó a construir nuevos dormitorios y en la primera parte de 1887 añadió dos comedores, uno para chicos y otro para chicas. Dutton se prestaba a ayudarlo con los muchachos, pero para las muchachas Damián seguía pensando que sería muy conveniente poder contar con las hermanas franciscanas que trabajaban en Honolulu.

Una vez más los rayos de la Misión cayeron sobre él, acusándolo de querer hacer mártires a unas piadosas mujeres, forzándolas a descender a un infierno terrestre. No era verdad. La superiora y las hermanas estaban dispuestas. El Comité de Sanidad decidió dismantelar la sección leprosa del hospital de Honolulu en Kakaako y sus inquilinos se irían, como los tabloneros de maderas, a Molokai. Se construiría en Kalaupapa, cerca del embarcadero, para que fuera el inicio de un Hogar de Muchachas, bajo control del Comité de Sanidad y la dirección de las Hermanas. Entonces aparecieron los fondos monetarios del banquero filantrópico C.R. Bishop, hombre de negocios. Casado con la última superviviente de la dinastía de los Kamehameha, a la muerte de ella en 1864 se había dedicado a administrar sus vastas posesiones. Era dueño del rancho de Molokai, el Meyer dirigía para él. Este era

su interés por el problema de la lepra y para la construcción que de su nombre recibió el nombre de “Hogar Bishop”.

Dutton no era pájaro de altos vuelos, le bastaba el espacio de su corral. Al comienzo, cuenta él que anduvo en servicio de las dos iglesias de Damián, en Kalawao y en Kalaupapa. Hasta allí fue donde más lejos llegó. Sacristán pulcro y monaguillo piadoso, iba con Damián dos veces por semana al servicio religioso de Kalupapa. Cuando en noviembre de 1888 llegaron las franciscanas con el P. Wendelin como capellán, éste se hizo también cargo de la iglesia de Kalaupapa. Dutton no volvió a salir jamás de Kalawao y su mayor dedicación ahora eran los muchachos del orfanato.

Se gloriaba de su sincera y correspondida amistad con Damián. De Damián decían sus superiores que no tenía ningún amigo en la Misión de la Congregación, que nadie podía vivir con él. Tres habían sido los que le habían enviado, Andrés Burgerman, Alberto Montitón y Gregorio Archambaux. Debían haber añadido honestamente que nadie pudo vivir en paz con Burgerman o con Montitón. Y el pobre Archambaux, lo que no podía soportar en Molokai, no era a Damián, sino a su propia lepra, que le ahogaba allí con convulsiones asmáticas, convertido en alma en pena delirante.

Sí, es verdad que Damián y Dutton habían tenido a su vez una disputa menor sobre jurisdicción, surgida en parte por la situación anómala de Dutton: autorizado a residir en Kalawao por el Comité de Sanidad, estaba a las órdenes de Damián, pero no era un miembro de la Congregación de los SS. Corazones. El Obispo y el Provincial elevaron a categoría de martirio la relación de Damián para con Dutton. Seguramente que martirio era una palabra excesiva para calificar algún desacuerdo verbal que duraba poco tiempo (y Dutton da la razón de ello). De hecho Dutton consiguió llevarse bien con Damián en tiempos extremadamente difíciles para el sacerdote enfermo. Pero también ese compañerismo en el trabajo fue utilizado por Koeckemann y Fouesnel, obispo y provincial, como evidencia palpable de que Damián prefería los extraños a sus compañeros religiosos de la Congregación de los SS. Corazones.

En otro orden de cosas, llama la atención la diferencia con que Damián enjuiciaba, aún en su Informe, la actuación del Gobierno, a través de su Comité de Sanidad, en el asunto de la insuficiente respuesta a las necesidades de la colonia y el juicio que extensamente expresa Dutton, con toda clase de delicadezas y complacencias, sobre la rectitud y eficacia que le merecen las actuaciones del Estado. Damián en su informe tenía cuidado de no cargar las tintas, de no hacer discursos, pero proporcionaba datos. Dutton, sin embargo, habla a una distancia histórica de 15 años, nada ha visto de lo que entonces era y había, aunque exprese que habla por boca de testigos “de lo que se ha arreglado, lo que anda a medias y lo que no tiene remedio”. Pero un temperamento como el de Damián, jamás se contentaría con eso. Quizás sean tan verdaderos ambos porque en el fondo no hablan de lo mismo.

Entramos en 1889, hasta que el 15 de abril le sobrevenga a Damián su santa muerte. En marzo, un especialista de lepra de Nueva York, llamado P.A. Morrow, visitó la leprosería, y a su petición, Damián dictó la historia de su propio caso. Dutton lo fue anotando desde el principio, junto con los lugares del cuerpo en que iban apareciendo los síntomas: el hinchazón de la cara, en Kohala; las manchas sobre la piel, en los primeros años de Kalawao; los dolores de los pies y las complicaciones del nervio ciático, a principios de los ochenta; después venía el periodo que siguió al diagnóstico de Eduardo Arning, con el progresivo *desfiguramiento de su persona de una forma generalizada y evidente*. Este escrito de Dutton es el documento denominado NOTAS.



Costa de Kalawao, con su bahía de orillas rocosas y de acantilados, sin un palmo de playa. Es el mismo paisaje que recogía la foto de la página 18. Esta es posterior en al menos 20 años, cuando ya estaba construido en el lugar que ocuparon las casas de baños hacia el final de la vida de Damián; se construyó por el Gobierno USA un fabuloso Centro de Investigación de la Lepra que costó 300.000 \$. Pensaron que podrían retener libremente en su recinto a un pequeño número de enfermos, para un seguimiento riguroso. No contaban con la veleidad de los hawaianos y el grupo que se prestó para ello, al poco tiempo huyó del lugar. Abierto en 1909, cerrado en 1913, se desmanteló en 1929. Ni un solo resto quedó en el lugar. En primer término, el *Hogar Baldwin* de los muchachos, del que hablamos en la foto de la pg. 18. También le llegó su momento. A comienzos de los años '30, fue levantado y trasladado al poblado opuesto de Kalaupapa, único lugar en que ya se concentraron los enfermos. Solo quedó la Iglesia de Sta. Filomena... y algunas tumbas de su cementerio. Un misionero se lamentaba después: "Es lastimoso visitar este lugar desierto". Sin embargo con el traslado de los leprosos estaba huyendo también la lepra de las islas.



Panorámica opuesta del mismo Hogar Baldwin con la iglesia de Santa Filomena a la derecha, al otro lado del camino. La costa rocosa continúa bajando hacia el vértice de la península.

Morrow trajo de Honolulu un buen fotógrafo, G. Brigham, con el fin de que le tomara fotografías científicas para la publicación que proyectaba. Hizo posar a Damián al aire libre, con el fondo de hierba y rodeado de un grupo de sus muchachos y jóvenes del orfanato. La enfermedad se exteriorizaba de una forma desoladora. La segunda fue tomada de su busto, contra la pared de madera de su capilla, sentado en un sillón en que apoya su mano derecha destrozada, mientras la izquierda la oculta en el cabestrillo, bajo su capelina, por encontrarse en peor estado. Mostraba a Damián como finalmente era: un caso de lepra moribundo.

Tras la muerte de Damián, Dutton acompañó el féretro hacia su tumba preparada al costado de la iglesia bajo el árbol pandano. Abría el cortejo la cruz alzada, seguida de la cofradía de entierros, la banda de música, las mujeres y muchachas, y tras el féretro, el oficiante, el P. Wendelin, seguido del grupo de hombres y muchachos encabezados por Dutton. A lo largo de los años que siguieron a la muerte del P. Damián, la institución entra en un estado de cambio radical. Tan pronto como fue convenientemente enterrado, nuevas escobas fueron dejándolo todo limpio. Damián no había sido nunca un buen *ama de casa*, ni personal ni institucional; y la tarea de poner orden en los destartalados dormitorios de los muchachos en Kalawao, se puso en manos de Dutton, un formidable enjabonador y restregador, y en las de las hermanas franciscanas, con reglas rigurosas relativas a la higiene. La casa de Damián fue desmontada. Todas sus pertenencias (sus pocas ropas, sus herramientas de carpintero, sus objetos de culto en las iglesias, sus libros, sus escritos y diario privado, las cartas que la gente le había escrito) fueron esterilizadas y enviadas a Bélgica, la mayoría de las cuales acabaron por exponerse en el museo de su vieja casa familiar de Trémelo.

Dutton y los demás, empezaron a enviar desde las islas, como recuerdos, hojas y pedazos de madera del pandano que da sombra a la tumba de Damián. Con el tiempo el árbol envejeció y murió. La tumba misma se conservó en buenas condiciones; pero al fin, al cementerio de Kalawao se le declaró saturado e inutilizable, y se escogió para él un nuevo lugar entre Kalawao y Kalaupapa.

Era una pequeña muestra de la serie de transformaciones mayores que iban a tener lugar. El Comité de Sanidad había estado considerando las relaciones entre los dos pueblos. Separados solamente por unos 5 Kms., eran muy diferentes entre sí. En vida de Damián, el pueblo de Kalawao había sido el centro de la leprosería. Ahora, por razones diversas, el Comité había empezado a favorecer a Kalaupapa. *Se piensa que es mejor*, informaba en 1890 el presidente del Comité a la legislatura, *ir concentrando gradualmente a la gente en Kalaupapa, donde hay mucho espacio. Se trazarían calles siguiendo un orden regular de acuerdo con un plan determinado y todos los edificios se construirían en consecuencia. Kalawao debiera irse abandonando como zona residencial, a medida que sus edificios decaen, tanto por los inconvenientes de la distancia al embarcadero, como por su inferioridad climática respecto de Kalaupapa.* Urbanización, embarcadero, clima, eran las preferencias que ofrecía Kalaupapa. El sol se ocultaba en Kalawao hacia las dos de la tarde tras las altas montañas, si embargo Kalaupapa recibía sus rayos hasta las cinco, cuando desaparecía esplendoroso detrás de las aguas del océano.

A medida que la población empezó a disminuir en Kalawao, al Comité le fue por fin posible (después de treinta años de vida de la institución) comprar todas las propiedades de los pequeños terratenientes del promontorio. Una nueva instalación de conducciones de agua mejoró el aprovisionamiento de Kalaupapa; y ésta a su vez canalizó el movimiento del pueblo al embarcadero a lo largo de una carretera entre Kalaupapa y Kalawao que adquirió y conserva el nombre de bulevar Damián.

A principios del siglo veinte, Kalaupapa era ya dos veces mayor que Kalawao.

Pronto los únicos que quedaban en el viejo pueblo fueron los muchachos del Hogar Baldwin. Al final de los años veinte, el sacerdote de Kalawao declaró que el lugar estaba *morbundo*; su feligresía había descendido a unos veinticinco, y había, tal vez, otras diez personas, protestantes, viviendo allí. A principio de los años treinta, el Hogar Baldwin fue trasladado a Kalaupapa, y Kalawao quedó virtualmente abandonado. *Es lastimoso*, escribía un padre de los Sagrados Corazones, *visitar este lugar desierto*.

Pero para entonces, el propio pueblo de Kalaupapa, después de absorber la población del pueblo de Kalawao, no estaba creciendo, sino disminuyendo. La razón era sencilla, pero de gran trascendencia: la epidemia de lepra en las islas Hawaii había pasado. Por sus propias razones misteriosas, la lepra fue quedando reducida a cenizas; no totalmente, pero al menos como epidemia. Lo suficiente para que la población de la leprosería quedara muchas veces reducida. La lepra, como enfermedad, siguió siendo incurable. Pero el riguroso aislamiento como política pública, al parecer, había funcionado.

Mirando retrospectivamente, el punto culminante, tanto en la incidencia de la enfermedad, como de la segregación de los pacientes, podría situarse en los años noventa, inmediatamente después de la época de Damián. Cuando él murió en 1889, había más de mil cien casos de lepra en la institución. Al año siguiente, las cifras alcanzaban a mil doscientos trece. Este fue el techo. Hacia 1900 el declive fue palpable. En 1910, la cifra había quedado reducida a no muchos más de 600, y a unos 350, en 1940. La enfermedad ya no se estaba reabasteciendo de la población general.

Por lo demás, los misioneros de los Sagrados Corazones que continuaron en la colonia leprosa fueron habitualmente seis (dos sacerdotes y cuatro hermanos), trabajando entre muchos menos hawaianos de los que Damián había servido, sólo o con un compañero. Su vida estuvo desprovista de acontecimientos durante el breve periodo de crisis con que culminó la epidemia y durante los largos años de declive que le siguieron. Empezaron a hablar de sus vidas, aludiendo principalmente a su monotonía. Pasaban los años, escribía uno de ellos, y había *pocos horizontes nuevos*; una vez que *uno ha comunicado sus primeras impresiones, ya quedaba poco que decir*; los sacerdotes de la leprosería encontraban que la vida en Molokai era *prosaica*. Cuando los sucesores de Damián reflexionaban cómo pudo haber sido su vida allí, se maravillaban no tanto de su destreza para manejar la lepra, cuanto de su habilidad para combatir el aburrimiento y la falta de relieve.

El P. Wendelin Moellers, que estaba en la institución cuando el P. Damián murió, y que permaneció en ella durante otros catorce años más, describía el lugar en los años ochenta, después que Damián se había ido, de una manera no muy diferente de como pudiera haberse descrito en los años sesenta, antes de que Damián llegara. La colonia de los leprosos, decía Moellers, observador agudo, no se diferenciaba mucho de otros pueblos hawaianos, salvo en que era más alegre, más indolente y más licenciosa. La lepra no repele al *kanaka*; de hecho desde que contraía la lepra, ya no tenía que trabajar; el gobierno se preocupaba de él; y esto le permitía darse a la buena vida. Pocos de los hawaianos, pensaba Moellers, deseaba realmente curarse. Podían tomar alguna medicina, pero si el tratamiento era pesado, no lo querían. Persistía la antigua *inmoralidad*. En un grupo que no tenía nada que hacer, sino comer, beber, dormir y divertirse, la *depravación* era corriente. Los hawaianos estaban *fatalmente resignados* a la enfermedad; recibían sin entusiasmo los últimos sacramentos. De hecho no llamaban al sacerdote; él tenía que buscarlos por todos los lados. La estancia de un misionero en el establecimiento, concluía Moellers, no era un placer. Las rosas de la vida despreocupada de los hawaianos no estaban exentas de espinas para su sacerdote.

Quizás esta misma descripción hubiera servido para los tiempos en que Damián es-

taba en la leprosería. Tal vez siempre había sido así, y siempre lo sería, cualquiera que fuera la calidad del sacerdote. No hay duda de que Damián se las arregló para llevar esas espinas, y otras, como una corona. Esta visión parece más conforme con la realidad que el presunto semi-paraiso en que Damián había llegado a convertir la colonia de los leprosos. Logró obtener una comunidad cristiana abundante, cumplidora de sus deberes cristianos y hasta fervorosa en muchos de ellos, bien manifiesta tanto en el culto como en la vida, de tal modo que en algunos, aún niños, llegó a ser una auténtica fe martirial. Mentalizó a la gente en general sobre los medios con que vivir mejor su situación humana. Su autoridad moral frente a los elementos pendencieros y viciosos fue respetada públicamente, lo que no fue poco, pero no impedía que surgieran altercados altamente peligrosos, ni que hubiera gentes que le guardaran una inquina visceral. Lo que sí parece es que Damián conocía muy bien su entorno y a las personas, y siempre el miedo a la fortaleza de la dignidad, se ha convertido en respeto que ha servido para guardar la viña, sobretodo cuando la lepra, tal como la vivió, le revistió de su propio manto, sin que faltara tampoco entonces el comentario malicioso de la lengua venenosa.

Como quiera que fuese, esta historia posterior a Damián, son los años del relieve de Dutton. Los sacerdotes de la Congregación que sucedieron a Damián, fueron excepcionales. El P. Wendelin que ya había asistido a su muerte y vivió hasta 1914. Por un breve tiempo el P. Pablo Juliotte, que pronto fue nombrado Provincial de Hawaii y al fin acabó como obispo de nuestra misión de Hainán en China, donde murió en 1914. Su sucesor el P. Maxime André, un gigante en Molokai, con 24 años de estancia en la colonia, que hubo de sufrir el dolor, por un descuido suyo, del incendio de la iglesia en madera que había construido el P. Damián en Kalaupapa. Por no añadir otras más, la figura excepcional del P. Pedro Enrique d'Orgeval de tan dilatada vida, que permaneció en la leprosería más de 20 años (1925-1946) y fue condecorado por Francia con la Legión de Honor. Damián tuvo dignos sucesores aunque en el ambiente que ya no fue el suyo. Entre los trabajadores de la nueva hora, merece un recuerdo singular la madre Mariana Kopp, junto a sus hermanas religiosas franciscanas, que llevó a Molokai. Murió en 1918 a los ochenta años. Está introducida su causa de beatificación.

Hablábamos del relieve de Dutton, pero también en esta historia aparece inolvidable el mestizo Ambrosio Hutchison, que llegó a la colonia en 1879, seis años después de Damián. Fue un permanente admirador de Damián y el que había visto a su llegada el transporte sobre una carretilla de un bulto que fue arrojado en el muladar, oyendo enseguida, mientras se alejaba el portador, los gemidos que salían de aquel montón de trapos que habían arrojado. Desde aquella horrible primera imagen contempló más años que nadie cuanto, debido a Damián y a las intervenciones cada vez más humanitarias del Comité de Sanidad, había progresado la transformación de la colonia. Nadie había sido un testigo de más miradas que él. Se merece este recuerdo. En 1930, cuando era muy anciano, y por insistencia del P. Orgeval, escribió con mano temblorosa un extenso memorial sobre Damián, cuyo recuerdo consolaba sus largos años de vida. Murió en 1932, un año después de Dutton.

José Dutton, convertido ya en parte del paisaje de Molokai, al parecer iba a sobrevivir para siempre. La suya fue una vida extraordinaria. En los cuarenta años largos que vivió en la leprosería, solo abandonó el pueblo de Kalawao en tres ocasiones, para ir a Kalaupapa. Durante dos años enteros no abandonó los terrenos del Hogar Baldwin para muchachos, que él dirigía. Entró en la edad media, en la ancianidad, en la vejez extrema, pero nunca paró de trabajar. Decía que había contraído la costumbre de dormir sólo una o dos horas de la noche. *No sé*, escribía a la edad de sesenta y cinco años, *si el Sr. Edison estaba bromeando cuando decía que dormir es únicamente un hábito perezoso*. Su despacho estaba limpio como un alfiler y llevaba sus libros de cuentas meticulosamente. Era un prodigioso escritor

de cartas: su agenda de direcciones tenía cuatrocientas anotaciones. En su ancianidad, se adhería por correo a toda clase de sociedades beneméritas. Fue un formidable patriota americano, que hacía ondear las barras y las estrellas en el frontispicio del Hogar Baldwin. En cierta manera llegó a ser tan conocido como Damián, y uno de sus más emocionantes momentos llegó en 1907, cuando la gran Flota Blanca de Teodoro Roosevelt, que estaba exhibiendo su poderío naval de América por medio de un crucero mundial, le saludó desde el canal revistas de Molokai. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando Dutton estaba en sus setenta, propuso formar un regimiento de veteranos de la guerra civil, como él mismo era, para ir a Europa con el uniforme del Gran Ejército de la República.

Día tras día, año tras año, década tras década, siguió vistiendo sus llanísimas ropas azules de dril (hoy “vaqueros”). Aparte de dejarse crecer una sencilla barba blanca en su ancianidad, la única indulgencia que se concedía era la música, mientras vendaba las úlceras. Por lo demás, era un inflexible censor del mundo del placer, interceptando revistas antes de que llegaran al Hogar de los Muchachos y recortando con sus tijeras todas las ilustraciones frívolas o carnales; cada vez más, a medida que pasaban los años. El mundo moderno que aparecía reflejado en esas revistas, no tenía mucha realidad para él. Nunca había visto una película, o viajado en un automóvil. Una vez vio un aeroplano en la distancia. En 1930, a la edad de ochenta y siete años, le falló la vista y fue llevado a Honolulu para una operación en los ojos. Le gustaba sentarse en su cama del hospital, escuchando la retransmisión de partidos de fútbol, un deporte que él nunca había practicado. Murió el año 1931.

Dutton, que no fue, ni por sombra, un admirador acrítico de Damián, vio los defectos de su carácter, pero decía, y hay que agradecersele, que tales faltas se consumían como pajas en el fuego de la caridad de Damián.



Ira B. Dutton
(1863)

Kalawao – Molokai

N o t a s

Tomadas el 10 de marzo de 1889

Tuberculoso

*Anotaciones escritas junto a las de otros
15 casos más, todas hechas de forma
parecida para el Dr. Morow, N.Y.
El Dr. Emerson lo recordará. Rep. J. D.*

Rev. Padre J. Damián De Veuster (*Deveuster es lo correcto*), sacerdote católico, nacido en Bélgica, padres belgas, 49 años de edad. Todos los miembros de su familia fuertes y de buena salud. Ninguna infección de escrófula o sífilis. Sin parientes en estas islas. Sirvió como sacerdote en esta isla de Hawaii desde 1864 a 1873.

Ocasionalmente oyó confesiones de leprosos; los administró algunas veces en sus cabañas, pero no tuvo con ellos contacto constante o muy especial hasta que llegó aquí, a la colonia de los leprosos, en 1873; desde aquel tiempo hasta ahora su contacto y comunicación han sido constantes.

En 1873 estaba fuerte y gozaba de buena salud, con una constitución física notablemente robusta. Nunca ha tenido ninguna relación sexual de ningún tipo.

Es completamente cierto que cuando estaba cerca de los leprosos, como en las confesiones o en sus chozas –antes de venir a la colonia de los leprosos- sintió en cada ocasión una sensación extraña en la cara; una especie de comezón o ardor, y que sintió lo mismo aquí en la colonia durante los dos o tres primeros años –y que también lo sintió en las piernas. Está seguro de que los gérmenes estaban en su organismo, ciertamente dentro de los tres primeros años de su residencia aquí; puede hacerlo remontar categóricamente al 1876.

Pequeñas manchas secas aparecieron en ese tiempo, especialmente en los brazos; algunas en la espalda. En estas manchas el sudor no aparecía como en las demás partes. Con tratamiento a base de sublimado corrosivo solían desaparecer, pero volvían otra vez (de nuevo).

Finalmente en 1877 y 1878, tomaron color amarillento y se hicieron más grandes. En 1877 tomó zarzaparrilla como depurador de la sangre, cuando las manchas se hicieron más visibles, y eran todavía amarillas; solían permanecer hasta que la loción era aplicada.

Esto describe las primeras marcas, pero todavía con anterioridad había algo sospechoso. Sus pies tenían una sensación rara; estaban calientes y febriles; le dejaban agitado – no podía dormir sin antes darles un remojón en agua fría y, si no hacía esto, no podía mantenerlos cubiertos por la noche. Esto era en el 1874 y 1875.

Siguió gozando de fuerza y salud. En 1877 se vacunó, cuando la epidemia de viruela en Honolulu. La operación fue realizada por un comisionado por el Comité de Sanidad, quien dijo que la vacuna procedía de América.

Hasta cierto punto la vacuna fue un éxito. Durante unos pocos días tuvo algo de fie-

bre y se produjo inflamación, en el lugar de la vacuna, en un espacio aproximado al tamaño de un dólar de plata, fluyendo de allí algo de pus. Relacionado con esta nota es bueno indicar que los nativos y algunos otros tienen la firme creencia de que la lepra se extendió mucho por el proceso de vacunación en esta época; y tal vez en otras.

En el otoño de 1881 empezó a sentirse muy molesto con fuertes dolores en los pies, especialmente en el izquierdo, y en 1882, se añadió el problema del nervio ciático, claramente delimitado, a lo largo de la pierna izquierda. A finales de 1882 o al principio de 1883, tuvo lugar la completa insensibilidad de un lado del pie izquierdo, que permanece así hasta el día de hoy –la parte exterior del pie– pudiendo el Padre Damián trazar una línea que marca la división entre la parte sensible de su pie y la insensible.

Esta es la única parte de su cuerpo que se ha visto atacada de esta manera. El dolor del nervio ciático y la parte interior del pie fue intenso y casi constante, acompañado por la formación de bultos en la ingle izquierda. Todos estos dolores desaparecieron de repente, hacia junio de 1885. Luego la oreja derecha se hinchó con abultamientos tuberculosos, provocando una situación muy complicada.

Al mismo tiempo comenzó la deformación de su persona de una manera general y notable. Las cejas comenzaron a caerse; la otra oreja se hizo más grande y protuberancias tuberculosas se apoderaron de su cara, manos, etc.

Las junturas de los dedos y las rodillas son prominencias duras y abultadas, que se convierten en úlceras que supuran. Muchas llagas en las manos y en las muñecas; algunas por el cuello; ojos débiles y en ocasiones muy inflamados.

Su nariz está muy obstruida, causándole mucha molestia durante los dos años pasados, y manifestándose como resfriado; el puente de la nariz muy hundido. El pie que estaba insensible en parte, estuvo durante mucho tiempo sumamente débil; actualmente, desde que la enfermedad se ha extendido a todo su cuerpo, vuelve a ponerse fuerte de nuevo.

Correcto

(firmado) J. Damien De Veuster (*Deveuster es lo correcto*)
Sacerdote católico

Repasado para corrección – 7 de Mayo 1907.

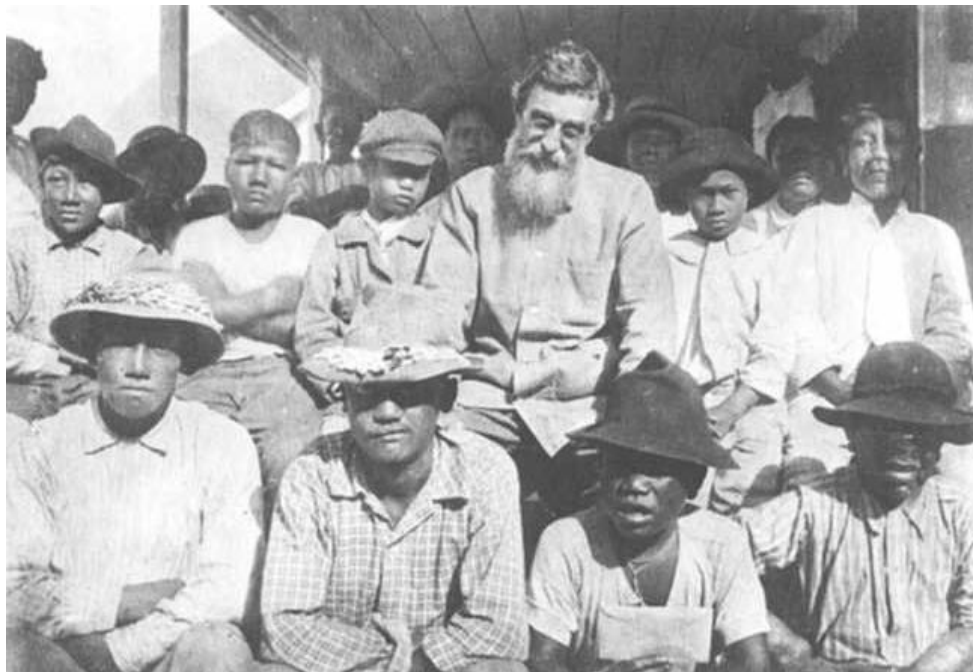
Las correcciones escritas a mano en este Documento son del 7 de mayo 1907. La declaración hecha unas cinco semanas antes de su muerte fue la última y creo que la única formal realizada por el Padre Damián sobre el desarrollo de su propia enfermedad. Su significado exacto fue escrito usando en parte mis propias palabras. Algunos puntos de estas "Notas" se relatan también en otros documentos adjuntos. O más bien en uno de ellos, en la "Declaración" ("Statement"). Pag. 12.

*Muy respetuosamente
Joseph Dutton*

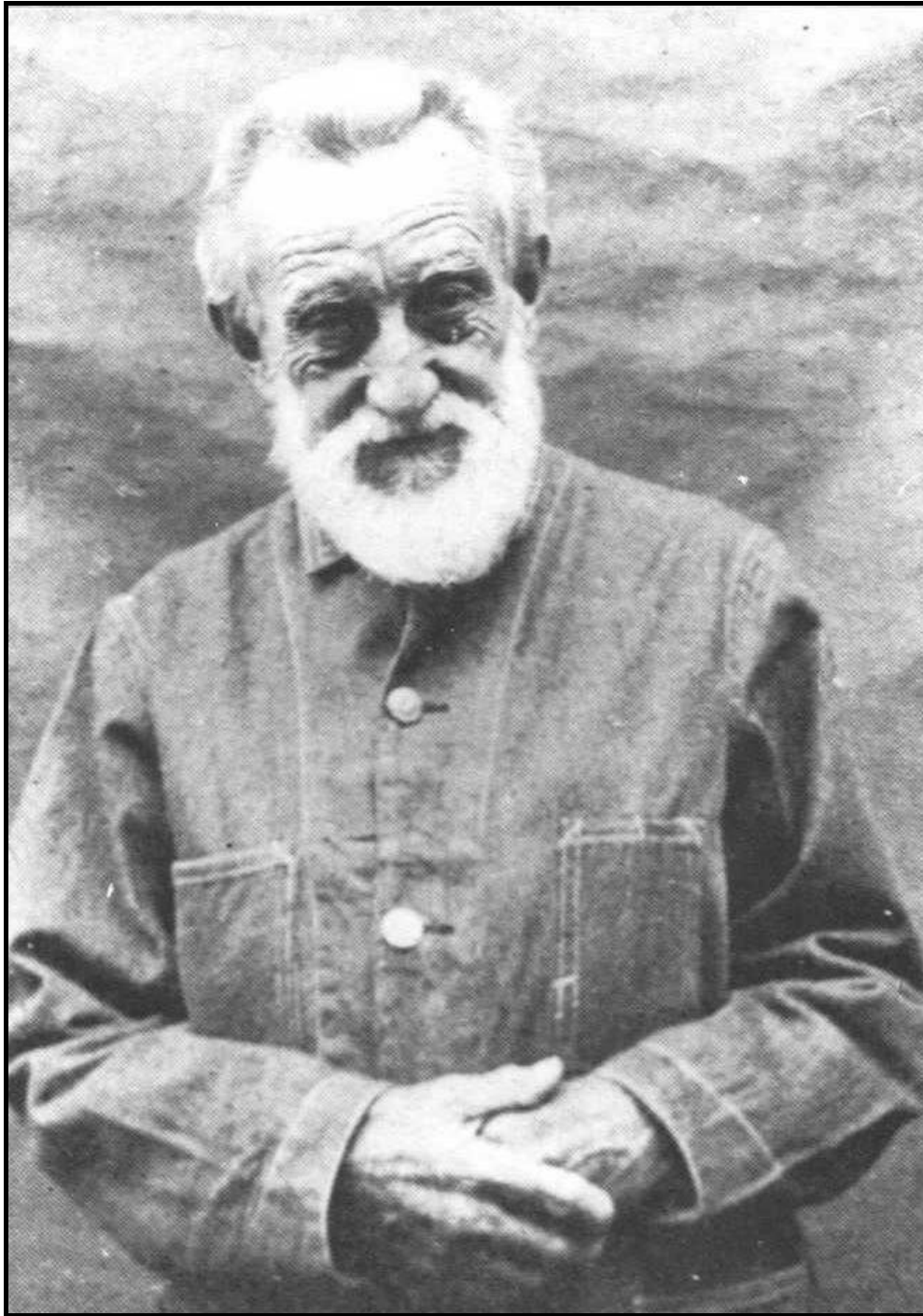
Kalawao, Molokai, 7 de Mayo 1907



Detalle de la fotografía que tomó G. Brigham, fotógrafo de Honolulu que el Dr. Morrow llevó a Molo-kai con ocasión de la información que le pedía sobre el desarrollo de su enfermedad, la que acabamos de leer. La hizo ante Dutton, quien tomó nota exacta de todos sus detalles. Leída a Damián, añadió la palabra "correct". En la foto completa tiene a su alrededor la totalidad de los niños y muchachos del orfanato.



Fotografías de Dutton, que llegó a convertirse en patriarca hasta en su aspecto exterior. La figura del sacerdote cuidador de enfermos se había acabado con Damián, era alguien que prestaba exclusivamente auxilios espirituales. Con el mismo gesto de su cabeza inclinada con rebelde cabellera y abundosa barba, está entre los niños y jóvenes del Hogar de los Muchachos, al que dedicó el resto de su vida tras la muerte de Damián. En verdad lo tuvo más fácil que él.



Muchos años le separan de la anterior, última fotografía de Damián, fiel compañero, 30, 40,... Los "muchos años" hacen desaparecer los números, y dejan la frente surcada, las mejillas arrugadas, sólo los ojos son insondables de tantas heridas limpiadas y vendadas por las manos que descansan unos segundos. Su fiel servidor, el traje vaquero, una segunda piel en su vida, áspera y resistente, duradera e invencible, mientras veía retirarse vencida la negrura de la lepra negra.

EL PADRE DAMIÁN

Declaración de José Dutton

Misión Católica. Colonia de los leprosos
Kalawao, Molokai, H.I.
12 de Febrero de 1890

A Su Excelencia
el Sr. Obispo Hermann, Honolulu, H.I.

Reverendo y Estimado Señor:

Los Rev. Padres Mathias y Wendelin me han informado recientemente de que se les había solicitado de su parte una investigación en relación con la vida del fallecido Rev. P. Damián Deveuster; sus virtudes y características; su relación con el trabajo en esta colonia de enfermos de lepra y con los funcionarios del Gobierno de Hawaii, etc., haciendo un informe de la investigación e incluyendo en él mi declaración sobre estos temas.

Tras haberlo tomado todos como tema de oración durante tres días, los PP. Mathías y Wendelin se reunieron conmigo, y tomaron algunas notas de lo que yo les fui declarando, pero después determinaron esperar en su informe para permitirme hacer mi declaración por escrito, dándole de alguna manera más alcance del que se pretendía en un principio.

Desde la vuelta a Honolulu del Rev. P. Mathias, el Rev. P. Wendelin me ha sugerido que dirija mi declaración a Su Excelencia; que la haga completa – no solamente hablando de lo indudablemente favorable sobre el carácter y las relaciones del P. Damián aquí, sino también abarcando puntos respecto a los que se han hecho declaraciones contradictorias, en cuanto alcanzan mis conocimientos; y subrayar en especial el partido tomado por el Gobierno de Hawaii en la gestión de los asuntos de la colonia de enfermos de lepra. Me propongo realizarlo fielmente, pero haciendo mi declaración en líneas generales, más que intentando relatar muchas cosas en particular.

Como me indicaron los Padres, primero respecto a mí declaro que vine aquí desde los Estados Unidos para trabajar con el Rev. Padre Damián, llegando a Kalawao en la tarde del 29 de Julio de 1886, y desde esa tarde hasta su muerte – el 15 de Abril de 1889 – estuve asociado íntimamente con él en su trabajo con la gente, particularmente con sus niños huérfanos, y cuidando de sus dos iglesias (solo de una, sin embargo, al final), ayudándole a Misa y colaborando en sus diferentes ministerios, en la medida que puede hacerlo un seglar; aunque esto último lo hice menos desde el verano de 1887, ocupándome desde entonces principalmente en vendar heridas, y en el cuidado de los huérfanos enfermos, pero mi lugar de trabajo estaba cerca de su casa y casi la mitad de los días comí con él a su mesa.

Hubo con él varios sacerdotes en diferentes momentos antes de que yo viniese, pero en ese momento no estaba nadie con él; tampoco hubo algún otro blanco perteneciente a la misión, hasta mayo de 1888, cuando llegó el P. Conrardy.

En relación con el Rev. P. Damián, hablaré primero de su celo y tenacidad, porque fueron los rasgos que primero me impresionaron y que siempre parecían destacar en él. Tenía por naturaleza una gran fuerza y vitalidad. Esa potencia, unida a su celo, parecía capaci-

tarle para estar siempre dispuesto a emprender con vigor cualquier cosa que le pareciese debería hacerse. Siempre se mostraba activo y emprendedor en todo lo concerniente al bienestar del lugar y de la gente. De hecho, a menudo se tomaba un interés activo en asuntos que competían a otros... funcionarios del Gobierno, etc.

Hubo muy pocas cosas de las que se hicieron aquí de las que él no tuviese algún conocimiento. Frecuentemente se le pedía consejo en asuntos ajenos a sus propias obligaciones – por parte del Gobierno y por otros.

No se limitaba, como hacen ahora los sacerdotes, a las obligaciones ordinarias de la parroquia, sino que tomaba parte en los proyectos diversos encaminados a mejorar el lugar; trabajaba con sus propias manos en prácticamente todo tipo de trabajo en ambas parroquias – especialmente como carpintero – pero siempre capaz de echar una mano a casi todo. Cuando había – o no había – médico del Gobierno aquí, él tenía una provisión de medicamentos y se los prescribía a muchos enfermos. Un buen número de los nativos le llamaban a él antes que al médico ordinario.

Él continuó este tratamiento de los enfermos, de modo general, hasta el verano de 1887, en que me entregó los medicamentos, y yo los tenía para uso de la Misión, bajo la dirección del médico. El P. Damián consiguió del médico la mayoría de los medicamentos; algunos fueron comprados por la Misión. Para reponerlos, yo los conseguí del Gobierno.

En cuanto a las relaciones del P. Damián con los médicos, dependía de alguna manera de quién era el médico: algunos estaban satisfechos de que él hiciese lo que hacía; otros – uno en particular – se oponía a ello, y él lo dejó – en parte – por esta oposición.

Hasta el verano de 1887, el P. Damián también vendaba las heridas de los enfermos, de vez en cuando, y adquirió considerable práctica en esto y en el uso de las medicinas en general. Todas estas ocupaciones especiales, sin embargo, eran interrumpidas por otras obligaciones y, por tanto, no podía llevarlas a cabo con ninguna regularidad.

Su método era ir adelante con lo que él consideraba b más importante, hasta que otra cosa le parecía más, y entonces saltaba a ello; de tal modo que dejó un reguero de trabajos inacabados, aunque un buen número de ellos se completarían. Parecía a veces que intentaba hacer más que lo que una persona podría esperar terminar.

Era muy hospitalario y acostumbraba acudir a recibir el vapor semanal en Kalaupapa, para recibir a los nuevos leprosos o los visitantes que hubiera. Durante mucho tiempo el vapor llegó por la mañana muy temprano. Para poder llegar a tiempo al desembarque, acostumbraba a celebrar la Misa a eso de las cuatro de la mañana, en esas mañanas; así estaba entre los primeros en recibir a cualquier pasajero que desembarcase.

Si venían leprosos y no se les podía proporcionar vivienda, de momento se aseguraba de que se les trajese aquí a la Misión, y se les atendía hasta que se les podía conseguir alojamiento. El ayudante del superintendente, que estaba al cargo de estos asuntos, lo permitía. A lo muchachos jóvenes que llegaban se les alojaba en general en la Misión, en la institución o refugio para el cuidado de los muchachos que el P. Damián estaba intentando levantar.

A comienzos de 1888, esta “institución” se había sistematizado de alguna manera y el Gobierno autorizaba regularmente el que se alojase allí a todos los muchachos que no estaban con sus padres o algún pariente cercano. Los chicos mayores – y también hombres que lo deseaban o a los que se podía convencer – se les alojaba del mismo modo, bajo el cuidado del P. Damián.

Habiéndome referido a esta “Institución” para muchachos y hombres, existente en los terrenos de la Misión (terrenos usados por la Misión, pero de propiedad del Gobierno), puede hablarse de lo que al Gobierno de Hawaii le competía al respecto, y al mismo tiempo explicaré las relaciones generales del Gobierno con la colonia de leproso como un todo.

Ha habido muchos malentendidos sobre este punto, principalmente debidos, según me parece, al hecho de que se han publicado más cosas acerca del P. Damián que del Gobierno, - dejando la impresión de que él estaba al cargo de la colonia y había realizado todas las mejoras – impresión bastante inexacta.

La historia de la colonia de enfermos de lepra muestra que siempre ha sido administrada por el Gobierno de Hawaii, a través del Comité de Sanidad, los gastos ordinarios y generales eran pagados por el Gobierno – incluyendo una buena ración de alimentación y gastos de ropa para cada leproso. Al principio, muchas de las familias y grupos de gente construyeron sus propias cabañas, pero más recientemente el Gobierno ha construido un número considerable de casitas confortables – también construyó la residencia de uno de los sacerdotes; ciertamente, aquí y en Kalaupapa, la Misión – situada en terrenos del Gobierno, partes de la colonia – ha corrido con sus propios gastos.

El coste de la construcción del “Hogar para Muchachos” de Kalaupapa, en terreno así mismo público o del Gobierno, y a cargo de las Hermanas Franciscanas, fue sufragado principalmente por un caballero protestante de Honolulu (N.T. el banquero C.R. Bishop, del que recibió su nombre “Bishop Home”), pero el Gobierno lo administra de manera semejante al “Hogar de los Muchachos” de Kalawao, lo mismo que el resto de la colonia, dando una ayuda a las Hermanas.

El esfuerzo del P. Damián para fundar esta “Institución” a la que me he referido, hizo que el “Hogar de Muchachos” se estableciera aquí al lado de la iglesia. Dos de las Hermanas vienen en carricoche desde Kalaupapa, en días agradables, para visitar el “Hogar” y se espera que tres de ellas eventualmente se fijen aquí.

Esto fue anterior al Hogar Baldwin. J.D.

En la primera etapa del “Hogar para Muchachos” (n.t. en Kalawao) el P. Damián trabajó mucho con sus propias manos; pero más tarde el Gobierno levantó edificios mayores y mejores, incluso uno muy bueno para las Hermanas (n.t. en Kalaupapa). El Gobierno pagaba la mayor parte de todo. El P. Damián añadía algo a cuenta de la Misión al principio.

En el último periodo durante el que el P. Damián cuidó de la Institución - que se convirtió en el propiamente dicho “Hogar de los Muchachos” – el Gobierno le pagaba un salario mensual por este cuidado; y el P. Damián me dijo una vez que estuvo trabajando como Ayudante del Superintendente de la colonia durante algún tiempo, antes de que yo viniese aquí, aunque el empleado como tal había sido ordinariamente algún miembro de la colonia. Desde que yo vine por aquí ha habido siempre uno, y hasta ha ocupado el cargo un mestizo, que no estaba enfermo.

Como es bien sabido, ha habido siempre un superintendente del lugar, con el título oficial de “Agente del Comité de Sanidad”, llamado generalmente “superintendente”. Ha tenido siempre a su cargo los asuntos económicos de la colonia y de la administración general y delega aquí en el Ayudante del superintendente, porque el Agente nunca ha vivido aquí sino que hace visitas ocasionales. Este cargo lo ha ejercido siempre la misma persona – un digno caballero y gran propietario granjero de esta isla. Vive en el pali sobre nosotros, o más bien a una milla detrás del acantilado – a unas cinco millas de aquí y a unas tres de Kalaupapa.

Él ayudo a establecer aquí la colonia y, según la información que tengo, nunca ha dejado de actuar como administrador. Este caballero y el P. Damián eran íntimos amigos, y aunque de vez en cuando “consentían en disentir”, su amistad nunca se interrumpió. El P. Damián nunca estuvo propiamente encargado de ninguno de los asuntos del gobierno de la colonia – solo lo que he narrado antes. El proporcionaba algunos “extras” a los alojados en la Institución de la Misión; también a muchos otros enfermos, pero de esto hablaré más tarde, para terminar aquí con lo que tengo que decir acerca del Gobierno de Hawaii.

Si en los primeros años de su existencia, las condiciones en la colonia de enfermos eran de alguna manera insatisfactorias, no creo, por lo que he visto y oído, que las acusaciones contra el Gobierno de Hawaii por este estado de cosas, tenga buen fundamento. El lugar está aislado e inconvenientes distintos contribuían a impedir una mejora muy rápida; pero, considerando la naturaleza y características de la gente con la que se trataba, parece, por esta historia de la colonia, que el Gobierno hawaiano ha provisto de forma razonable, apropiada y suficiente, a las numerosas necesidades de los enfermos aquí segregados.

Desde esa fecha se han hecho muchas mejoras útiles, porque incluso en julio de 1886, algunas de las condiciones eran todavía imperfectas; algunas todavía lo son; algunas no tienen remedio – pero ha habido continuamente una tendencia de mejora y creo que todas las partes que han tenido algo que ver con la administración del lugar, han tratado honradamente de hacerlo con justicia.

Ha habido ciertamente algunas demoras, algunos descuidos; ocasionalmente una aparente negligencia, pero diré que las bases reales de queja han sido muy pocas – y en cuanto soy capaz de juzgar, muchos miembros de la colonia podría decir, probablemente una gran parte de ellos, que están ahora en mejores condiciones en cuanto a alojamiento, alimentación, vestido y atención médica, de lo que nunca estuvieron antes; y si se les diera permiso para marcharse de aquí, muchos de ellos no se irían en tanto siguieran las condiciones actuales.

Entre las construcciones del Gobierno que todavía no he mencionado hay un almacén en el embarcadero del vapor, aparte de otras construcciones en diferentes lugares para almacenamiento de provisiones: una carnicería y otras tiendas, una tienda de productos generales con buenos precios; un hospital con unos diez edificios, antiguos y modernos *los primitivos edificios... en Kalawao. Re sp. J.D.* bajo la dirección de un médico del Gobierno, activo y bien pagado, al que se le proporciona una residencia confortable.

Se proporcionan los empleados necesarios para atender todo esto; algunos son enfermos blancos, otros enfermos nativos, y algunos kokuas o ayudantes nativos.

Sobre la ayuda del P. Damián que dio a los alojados en su “Institución” y a otros – fuera de ella – a la gente en general, ya hablé de ello antes. Esta ayuda se entiende dirigida a aprovisionarles, pero no era parte en absoluto de la ayuda regular u ordinaria. Consistía en proporcionar ayuda, generalmente en necesidades especiales, - cuando una familia tenía kokuas que no recibían raciones y la familia estaba por ello escasa de provisiones, - o la familia tenía escasez por despilfarro o negligencia, - o algunos de los pocos blancos u otros que necesitaban algún alimento especial, etc., etc.

Lo que él daba así, era costeado por la Misión Católica, por eso era práctica bastante común entre la gente acudir al P. Damián para cualquier ayuda especial que necesitasen. Algunos no vendrían de ninguna manera – algunos protestantes y, a veces algunos católicos – personas con quienes él había tenido dificultades.

Aunque esa gente olvida fácilmente lo que puede considerar en un determinado mo-

mento como trato duro, en la mayoría de los casos volvían al P. Damián en su extrema necesidad para pedirle ayuda de nuevo, pero había algunos que no lo hacían. Había algunos que venían a menudo por ayuda, pero que a sus espaldas le insultaban vergonzosamente. A despecho de lo que pudiera haber sucedido en el pasado, si el P. Damián podía proporcionar la ayuda que se le pedía, la daba con seguridad. A veces se mostraba muy vehemente y excitable con respecto a asuntos que no le parecían bien, o si alguien se le oponía cuando él estaba convencido de que su propio juicio era correcto – a veces diciendo y haciendo cosas que luego sentiría - pero tenía la cualidad, en grado notable, de olvidar el resentimiento. Muy pronto, tras una acalorada discusión, volvía a hablar a su oponente como si nada hubiese ocurrido, pareciendo haber olvidado el asunto; solamente si hubiera que hacer algo que estaba seguro que debería hacerse de un cierto modo, no descansaba hasta que se había hecho de esa manera.

Probablemente no me equivoco si digo que en todas esas diferencias él tenía auténtico deseo de obrar rectamente. Hacía lo que pensaba que sería mejor, aunque se equivocase algunas veces, como nos pasa a todos. Bajo ese prisma pueden entenderse mejor sus relaciones con los funcionarios del Gobierno. Con algunos eran mejor que con otros; con todos, mejores en algunos momentos que en otros.

Durante algunos periodos se llevó bien con todo el mundo, y siempre estaba apremiando con mejoras o lo que él pensaba que lo eran. La realización de algunas cosas hechas por el Gobierno se vio facilitada por su actividad.; en otros casos era motivo de confusión, porque las diferentes autoridades no siempre estaban de acuerdo con él. Añadiré que creo que sus esfuerzos por la gente de aquí – por su mejora material – han sido, en conjunto, beneficiosos para el lugar. En el terreno espiritual no hay duda de que hizo un gran bien.

La cuestión de su castidad ha salido a la luz en la prensa. En esto sólo puedo declarar mi firme creencia de que estaba totalmente libre de sensualidad durante el tiempo que le conocí.

Diré aquí algo repugnante, pero relacionado con esto: la lepra, en su desarrollo, muestra curiosos resultados a este respecto. Me he tomado la molestia de investigarlos para informar a un médico bien conocido de Nueva York. Los efectos de la enfermedad sobre las pasiones sensuales se muestran de forma diferente en las diferentes formas de la enfermedad, y también de forma diferente en sus diversos estadios. Sin descender a detalles particulares, diré que lo que el P. Damián me habló de sí mismo sobre el tema, es bastante consistente en muchos casos de su tipo, y fue lo siguiente: que durante algunos años en la última parte de su vida no sintió la tendencia a la excitación sensual. Su conversación me llevó a inferir que en sus primeros años aquí en las islas, tenía que resistir tales movimientos. Recorriendo el campo, a veces le era necesario pasar la noche con alguna familia nativa. Me dijo que una noche, en una de las chozas, cuando una joven nativa iba a acostarse cerca de él, dejó la casa y durmió fuera.

Nunca se me ocurrió cuestionar su adhesión a la virtud a lo largo de su vida, menos en este tema. Mientras yo le conocí no parecía pensar en esas cosas – no tenía pensamientos tendentes a la sensualidad, y esto, en mi opinión, fue la causa de que hubiera ciertos comentarios frívolos o chismes propagados por algunas personas.

Las acusaciones al respecto, publicadas desde su muerte, no son nuevas; ya las había escuchado aquí, al menos algunas de ellas, mientras todavía vivía; es decir, estaba informado de ellas, pero quienes me informaron - personas inteligentes – siempre me aseguraron su creencia de que el P. Damián era inocente de la acusación, excepto cuando daba (aparentemente sin querer) motivos de sospecha por su falta de tacto, permitiendo que las

mujeres entrasen en su casa, etc., estando aparentemente ciego ante lo que podría aparecer mal a los ojos de otros.

Yo no podía evitar ver todo esto, pero nunca vi nada que me hiciese sospechar que hubiese nada malo, al menos en apariencia.

Unida a la acusación anterior estaba la de que no era limpio en sus costumbres personales. No puedo decir mucho al respecto para negarlo. Cuando aquí había visitantes, acostumbraba mantener una apariencia externa respetable, pero regularmente prestaba muy poca atención a la limpieza de su persona o su ropa; no mostraba pulcritud en sus efectos personales. Me dijo que consideraba eso como un defecto. Era muy sencillo en cuanto a sus necesidades físicas y era capaz de subsistir con la dieta más ordinaria.

En cuanto a su obediencia, es, por supuesto, asunto de sus superiores. El P. Damián – cuando estaba tranquilo, cuando no estaba sacudido por la excitación o por algún objetivo absorbente – tenía en su corazón los más tiernos sentimientos, como a menudo he dado a conocer; pero estarán de acuerdo conmigo al decir que nadie encontró agradable, en ningún momento, estar con él por mucho tiempo.

Si mi asociación con él duró más que la de otros, se debe en parte a que yo admitía mi culpa al respecto, y en parte a que siempre puso en mí una entera confianza y tenía en su corazón un profundo amor, independientemente de su aspecto exterior; y también, yo me sentía libre para hablar con él de todas esas cosas, y él conmigo; y esto parecía darnos una confianza mutua.

Él desearía que se dijese toda la verdad, y si tuviese que seleccionar a alguien para hablar de sus últimos años aquí, creo sinceramente que me escogería a mí. No digo esto por enorgullecerme, sino más bien para mostrar la profundidad de nuestro amor mutuo.

El P. Damián era, en verdad, un buen sacerdote en muchos aspectos, un buen hombre; y estoy contento de haber tenido la oportunidad, gracias a su sugerencia (N.T. la de Mons. Koeckemann a quien dirige el Informe), de describirle tal y como le conocí – quizá no precisamente tal como ha sido descrito por algunas almas piadosas - sino con una descripción en la que reconocerá al P. Damián tal y como era; como usted que le conoció mucho mejor que yo, aunque no tan íntimamente durante los años de que hablo. El P. Damián era muy devoto y, en sus momentos tranquilos, parecía tener una visión sobrenatural de las cosas – yo diría de casi todo. Su meditación por la mañana duraba generalmente una hora y tenía costumbre habitual de efectuar una visita al Stmo. Sacramento por la noche antes de acostarse.

Celebró el Santo Sacrificio durante mucho tiempo después de que parecía incapaz de ello, y rezó el oficio divino casi hasta el final – por algún tiempo después de haber sido dispensado de ello y cuando su único ojo era incapaz de ver. La vista de un ojo la perdió en su infancia, según me dijo. Tenía que utilizar muchos recursos, hacia el final, para poder ver algo con el otro. Durante casi un año le causaba a menudo un gran dolor. Me parece que el rezo del oficio en esas circunstancias mostraba un notable heroísmo.

Su devoción se mostraba de muchas formas en los últimos días: rezando el rosario por la tarde, pidiendo lectura espiritual, etc. Su amor por las personas de la colonia de enfermos – todos ellos – era muy grande. Se entregaba a ellos libremente: una repentina llamada de caridad, alguien en dolor, era motivo para que dejase al momento aquello que estaba haciendo (excepto cuando estaba en el altar) y prestar rápidamente su ayuda. En su trabajo con los nativos era incansable, especialmente mostraba su preocupación y ayuda en la atención a los moribundos. Frecuentemente, eso me impresionaba al estar con él en este despacho, y pensaba a menudo que debió de haber proporcionado un gran consuelo a muchas almas en esos momentos.

Él pensaba que yo tenía una cierta facilidad para conocer los signos de la muerte, y me encargó que le avisase siempre. Al sentir que se acercaba su fin, y teniendo entre manos un buen número de tareas sin terminar – de la nueva iglesia, etc. – puso en tensión cada nervio y músculo para lograr completarlas. Estoy seguro de que todos aquellos comprometidos en su trabajo y todos los que notaron sus esfuerzos en esas últimas semanas, estarán de acuerdo conmigo en afirmar que, con ese gran esfuerzo extra, él aceleró considerablemente su fin.

No conozco ningún milagro. En mi correspondencia privada he tenido noticia de tres incidentes, en los que se refiere la curación o alivio de enfermedades graves que los familiares han atribuido al uso de pequeños trozos de tela del viejo hábito del P. Damián que yo había enviado por medio del P. Wendelin. Mi madrina describe dos en el caso de su esposo, Mr. B.J. Semmens, Memphis, Tennessee, y el tercero está relatado por el Rev. P. F.X. Dutton, Cincinnati, Ohio – el caso de un niño de su parroquia.

El P. Dutton fue más tarde canciller de la Archidiócesis. Murió en 1907.

Los PP. Wendelin y Mathias me dijeron que quizás se me llamase a testificar en esta materia y estoy dispuesto a declarar que los hechos declarados son ciertos, en cuanto a mí se me alcanza; que lo que se da como rumor lo entiendo como tal y en materia de opinión he mostrado mis razones para opinar - al menos lo intenté.

Usted tiene, por supuesto, libertad para hacer el uso que crea mejor de esta declaración, pero me creo en mi derecho de mantener que si cualquier parte de ella se utiliza para cualquier fin, deberá ser sin mutilación. Que el Buen P. Damián descanse en paz, y que todos nuestros actos en esa y en cualquier otra materia sean solamente para gloria de Dios.

Muy sincera y respetuosamente

Su siervo obediente

Joseph Dutton

Esta copia revisada y firmada el 7 de mayo de 1907

Suplemento

22 de Mayo de 1890

Me ha llamado la atención una declaración hecha por el P. Damián al comienzo de su enfermedad - un mes quizás antes de su muerte – en la que afirmaba que “nunca en absoluto había tenido relaciones sexuales”.

Al escribir el documento anterior se me había escapado de la memoria esta declaración, pero la recuerdo claramente. El Dr. A. Morrow de Nueva York me pidió que le escribiese notas de la historia de casos interesantes de lepra, incluyendo la del P. Damián.

Lo hice así, tomando las Notas del P. Damián casi exactamente con sus mismas palabras. Fue la última declaración de esta clase que él hizo, y yo se la leí entera. Dijo que era correcta y la firmo como “correcta” a petición mía. Esto era el 10 de Marzo de 1889, aproximadamente. El 1 de Junio de 1890 recibía una copia de estas notas que me envió el Dr. Morrow y se la envié al Obispo Mr. Hermann. Llamé también su atención sobre la declaración a que me he referido, y al hecho de que el P. Damián hizo la misma espontánea-

mente.

Monseñor Hermann aprueba que se proporcionen copias de este informe y suplemento a ciertas personas interesadas. Para hacer estas copias y enviarlas, remito esta copia a Miss Elisabeth Harper, 88 Sands Street, Brooklin, New York.

Copias para el Dr. Morrow, New York, el Rvdo. D.F. Hudson, Notre Dame, Indiana y a los Padres de Picpus, Lovaina, Bélgica.

Este esbozo – breve idea general – veo que está muy por debajo del objetivo. No se hace para uso público; al menos no es lo que pretendo. Si da información a quienes están interesados, me sentiré agradecido.

Muy respetuosamente

José Dutton

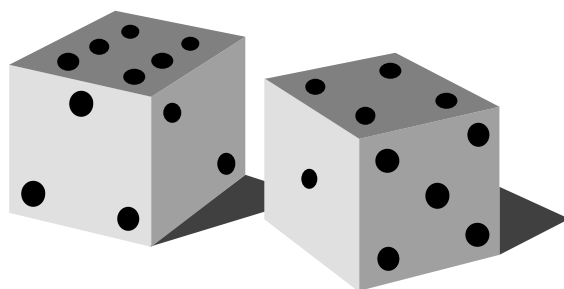
Repasado y firmado el 7 de mayo de 1907

La Comisión territorial de Sanidad me pidió una copia de estos documentos – las “Notas” y esta “Declaración”. Yo las proporcioné – añadiendo una “Revisión”- para hacer la Declaración más clara, ya que lo había escrito hace tanto tiempo, y para el Obispo. Algunas partes no estarían claras para otros. Añadí unos cuantos hechos.

Respetuosamente

J. D.

Kalawao, Molokai, 7 de Mayo de 1907



R e v i s i ó n

En relación con la Declaración sobre
el Padre Damián
hecha por José Dutton

Colonia de los leprosos
Kalawao, Molokai.
1 de noviembre de 1905

Al revisar la Declaración sobre el P. Damián del 2 de febrero de 1890, he tenido la intención de añadir bastante a ella, si el tiempo me lo permitiera; no alterando ni cambiando nada en absoluto, sino añadiendo lo que pueda ser necesario para mayor claridad y servicio a la justicia; incluyendo también acá y allá algunos temas adicionales de interés, según se presentasen. Esto es lo que intento hacer ahora, aunque brevemente.

Tenía también otro propósito que no podré llevar a cabo por ahora, al no tener tiempo para ello. Durante quince años ha estado bajo una cierta especie de promesa de dar a algunos amigos otros restos que añadir de mis tres años (casi tres) con el P. Damián – según creo, el periodo más largo que nadie haya pasado junto a él en estas islas.

No ha habido ninguna urgencia especial; la realización de este propósito ha ido dejando paso, año tras año, a otros deberes. Cuando se hicieron tres copias a máquina de la “declaración” de 1890, (una pedida por el Comité de Sanidad) y estaba dispuesto a comentar cada una de las tres, parecía una buena oportunidad para escribir las “Reminiscencias” de los tres años. Ya he esperado un poco para intentar hacerlo. Pero otras cosas aguardan y las “Reminiscencias” deben hacer lo mismo por algún tiempo más.

La Declaración estaba dirigida al Obispo Monseñor Hermann, ya fallecido. (Le sucedió Monseñor Gulstan también fallecido, y ahora Monseñor Libert). El objetivo está expresado parcialmente al comienzo – y lo hice también con finalidad de registro.

El “celo y la tenacidad” del P. Damián, pag. 3... “Esa potencia unida a su celo, parecía capacitarle para estar siempre dispuesto a emprender con vigor cualquier cosa que le pareciese debía hacerse”. Recuerdo que el P. James no encontraba esto claro. Está un poco complicado; lo que sigue, sin embargo, creo que lo aclara.

Intentaba retratarle dispuesto, como siempre, a emprender con gran vigor cualquier cosa que se presentara ante él como su verdadero deber; y más aún, cualquier cosa que él pensase era buena, fuera realmente competencia suya o no; cualquier cosa que le apareciese como buena – buena para hacerla – era motivo para él de acción inmediata, y considerando al parecer que era realmente su obligación.

No dedicaba mucho tiempo al estudio de su conveniencia, del coste ni de los riesgos. El idea que surgía de repente, a la primera cosa que se le presentaba, les aplicaba sus “a por ello” o “allá me voy” – por usar una de sus expresiones habituales. “Tengo que irme, Hermano José”, me decía todos los días casi a cada hora, y esto iba a menudo unido a la petición de que yo terminase lo que él estaba haciendo cuando se le ocurría el nuevo proyecto, es decir, si era algo que yo podía hacer, como solía ser el caso.

Pocas veces volvía él a los viejos trabajos. Cuando había terminado, o antes de haber terminado, el nuevo proyecto, algo bastante diferente le llevaría muy probablemente a campos que no había pensado antes, y entonces decía la otra expresión: “Hermano José, va a tener que terminar esos” – refiriéndose a los trabajos anteriores – y añadía riéndose: “Yo soy el carpintero, el Hermano José el ebanista”.

Yo estaba continuamente terminando trabajos – carpintero, ebanista y otras clases. La familiaridad desde mi infancia con herramientas y el haber tenido más tarde a mi cargo mucho trabajo de construcción en el ejército, me ayudó mucho en esos años atareados con el P. Damián; fue muy útil para él y para mí. En su forma apresurada, casi siempre me pedía mi opinión sobre cualquier trabajo de construcción. También consultaba a John Gaiser, un enfermo alemán, técnico mecánico. Gaiser fue mi ayudante, más tarde, en la gestión del antiguo “Hogar”, antes de que viniesen las Hermanas a Kalawao y unos cinco años antes de que viniesen los Hermanos.

Debe añadirse que muy poco de este trabajo hecho por el P. Damián era totalmente inútil. Aunque tomada la decisión y ejecutado de prisa, él, con la ayuda de otros, tenía una forma de hacer que la mayor parte del trabajo saliese bien, al menos que funcionase de un modo u otro; a menudo podría ser al final algo bastante diferente de lo que al principio se pretendía y el resultado llegaba a ser divertido; pero él no se inmutaba: “Bueno, nos podrá ser útil”.

No hay dudas, en este y otros puntos, pero puedo recordar muchas cosas interesantes – algunas muy divertidas, para la “Reminiscencias”. Acabo justamente de encontrar un viejo trozo de papel, recordando – al utilizar el término “reminiscencias” – que un amigo de los Estados Unidos, un sacerdote, y alguien a quien yo había prometido un relato de esos tres agotadores años (el primero prometido, de hecho), había sugerido un título y yo lo había escrito en un trozo de papel. Aquí está – “Tres años con el P. Damián: recuerdos personales”.

Al haberlo aceptado sin objeción por mi parte, probablemente debería decir “Recuerdos” en lugar de “Reminiscencias”, aunque significa casi lo mismo (*de todas formas, dudo de si lo haré bajo ninguno de los dos títulos*).

Y también, “justo aquí”, quizás puede no estar fuera de lugar explicar lo de “Hermano José” – que usaba el P. Damián. Lo utilizó desde mi llegada aquí, o muy pocos días después – en cuanto supo que era mi nombre de bautismo. (Lo recibí el día que cumplí cuarenta años, el 27 de Abril de 1883 en Memphis, Tennessee. El nombre lo eligió un sacerdote dominico, quien me recibió en la Iglesia Católica – tras haber dedicado un año a su estudio e instrucciones y tras visitar muchos de sus conventos y otras instituciones en todos los Estados Unidos).

Mi nombre en esos cuarenta años de experiencias diversas fue Ira B. Dutton. En el momento de mi bautismo estaba todavía en servicio en los EE.UU. – terminando en ese momento un periodo de ocho años como Agente de Investigación en el Departamento de Guerra, con destino en Tennessee, Kentucky y Ohio.

Continué usando ese nombre hasta que terminé el servicio y saldé todos mis asuntos – y más tarde, de hecho, hasta después de llegar aquí. Aunque siempre me ha gustado el nombre de Ira, no es un nombre cristiano. Se me conocía como “Hermano José” en varias congregaciones religiosas en las que estuve afiliado, y el P. Damián siempre me llamaba “Hermano José”. Por tanto, por comodidad, y también podría decir por corrección, comencé a firmar Joseph Dutton. Lo de “Hermano” lo usan otros generalmente en cartas, etc., aunque no en la Misión aquí, porque no tengo votos. Nunca he hecho votos (ni siquiera en

los veinte meses que viví con los trapenses en Gethsemaní, Kentucky), excepto con el P. Damián – un voto anual de “servir a la Misión Católica en el asilo de leprosos de Molokai”.

En aquellos momentos, ese servicio incluía mucho del trabajo realizado aquí, pero más tarde, el Comité de Sanidad que controla la colonia, se hizo cargo de todo el trabajo, dejando al sacerdote simplemente las tareas religiosas. Como mi trabajo en esta línea dependía del Comité, y bajo el voto sólo podía servir a la Misión, no renové el voto y no soy un “Hermano” en el sentido usado en las Órdenes Religiosas; sólo es correcto como un cumplido. Señalo esto para hacer justicia a los Padres y Hermanos de la Congregación de los Sagrados Corazones de estas islas, que hacen votos y se les llama “Religiosos”. Yo soy un común seglar “de cada día”.

En la pag. 3 de la “Declaración”, acerca de los trabajos no acabados del P. Damián, etc., - “y entonces saltaba a ello” – es una expresión usada. Recuerdo que el P. James no lo encontraba claro. Es una expresión jocosa y se explica con las páginas anteriores, espero.

En la pag. 5, en relación con el “Hogar de los Muchachos”: la “Declaración” se escribió antes de que se construyese o incluso se pensase el actual hogar permanente para chicos – el “Hogar Baldwin”. En cuanto a las Hermanas y el “Hogar de las Muchachas”, la “Declaración” data del 12 de febrero de 1890, y es por tanto “vieja historia” (ese “Hogar Bishop” ya se había construido antes).

Los ayudantes actuales en el Hogar Baldwin – cuatro Hermanos de la Congregación de los Sagrados Corazones – no habían venido aún. Todo el asunto de los Hogares, ocuparía un espacio considerable para poner al día su historia, y no es ese el fin de esta “Revisión”. El propósito es principalmente aclarar la “Declaración” en la medida de lo posible.

La Declaración se escribió para Monseñor Hermann, y lo que podía entonces – en 1890 – estar claro para él, podría no estarlo para otros, con tantos años que han pasado. Por eso pensé que era mejor revisarla.

También en lo que respecta a los Hogares, o más particularmente al Hogar Baldwin – para poner al día el relato – me propongo ponerlo en breve en un pequeño “Souvenir”, o folleto... (o algo parecido) para repartirlo a amigos personales, como expresión de gratitud al Hon. H.P. Baldwin, al Hon. W.O. Smith y otros bienhechores de hace tiempo; entre ellos particularmente al Sr. R.W. Meyer, ya fallecido – en consideración a su recuerdo.

Cualquier residente de los “viejos tiempos” que lea esto, reconocerá mi referencia al Sr. Meyer en la pag. 5 de la “Declaración”, aunque no se da su nombre. Añadiré aquí que poco tiempo después de escribir la “Declaración”, envié una copia al Sr. Meyer pidiéndole su opinión sobre lo que decía del P. Damián. Todos admitirán que difícilmente podría haber mejor juez que el Sr. Meyer. Él estaba de acuerdo en la apreciación sobre el P. Damián. Parte de su carta era, en resumen, como sigue: “Le confieso que le ha descrito tal como era” o “como le conocimos”. No puedo citarle exactamente. Siento no haber copiado la carta. Se la envié el P. Hudson, Notre Dame, Indiana – el sacerdote que hizo que la gente de habla inglesa conociera al P. Damián, publicando los escritos de Charles Warren Stoddard y otros. Le envié algunos papeles hace un año o dos. Esta carta del Sr. Meyer estaba entre ellos y la dejé ir. Pero tengo muchas cosas semejantes en una caja con papeles personales que no he mirado desde hace años, en la que ponía cosas de vez en cuando. Al hacer

los “Recuerdos” – si los hago – me sugerirán muchos temas interesantes, como esta antigua “Declaración” ha hecho ahora, al revisarla.

En la pag. 7, en la referencia a los edificios públicos, etc.. aunque era correcta entonces, ya no lo es ahora. Todas estas condiciones han cambiado mucho. El conjunto del hospital (diez edificios) ya no existe. Estos asuntos los trataré brevemente en el “Souvenir”.

Todo lo que he dicho en la “Declaración” en cuanto al carácter y rasgos del P. Damián sigue en pie sin alteración. Es correcto. Sin embargo, si puedo hacer los “Recuerdos Personales”, me extenderé ampliamente sobre este tema y sobre otros.

Puede decirse mucho sobre algunos puntos. Un amigo discreto me aconseja brevedad, que es sensato. Pero mi escrito ha de ser, creo, de forma pesada, por los muchos años de costumbre.

No me estoy tratando, en ningún modo, de escribir literatura. Nunca he escrito nada para publicarlo – a menos que se cuenten como tales un par de apuntes para pequeñas publicaciones locales. He proporcionado, sin embargo, algún material a otros – libremente y como un favor, en cada caso, y he escrito mucho para los registros oficiales del “Tío Sam” en catorce años de servicio; especialmente después de la guerra, durante diez años – construcción de cementerios, como Agente de Investigación y Comisario de los EE.UU. Si se toman pruebas y se hacen informes sobre casos de propiedad, debe de haber carretadas de mi trabajo en Washington. Esto puede explicar mi estilo “pesado” –o falta de estilo.

Todo lo que hago en estos años tiene que ser gratis. Si viera un céntimo siquiera de ello, desearía que fuera a un asilo de huérfanos, o a Honolulu con fines sanitarios – o a una sociedad histórica para uno de sus gabinetes, como mi pensión. Se me ha apremiado varias veces para pedirla; nunca he consentido en dar un paso para ello – incluso ahora, cuando se da una pensión a cualquiera de mi edad, por servicio de cualquier duración, según entiendo. He dicho bromeando que, cuando me la pasen, sin formalidades, como “honorario”, la pondré en una vitrina como recuerdo.

Me alisté primero por tres años – luego como veterano: unos cuatro años y cuatro meses en total, en servicio voluntario, sin ninguna paga, por supuesto. Se dijo también que en mi dinero y estado de cuentas, etc., había partidas a mi favor – por posterior y más generosa interpretación de la ley – que podrían tenerse en cuenta. Sé de una partida de 600 \$, pero nunca consentí en reclamarla. Esto no pertenece al tema de la “Declaración” que estamos considerando, pero lo pongo aquí “para registrarlo” de esta manera, por ciertas razones, la principal de ellas el hecho de que el Gobierno de los EE.UU. no me debe nada.

En un sentido general me siento en deuda con él - con mi país; el dar mi vida si se necesitase por una causa justa, la saldaría sólo en cierta medida. El Gobierno de los EE.UU siempre me ha tratado tan bien que me daría vergüenza tomar nada, y esto es lo que quería decir.

En cuanto a mis relaciones personales con el P. Damián, la “Declaración” – en su última parte – dice lo mismo clara y correctamente. Se ponía allí como una referencia, para no pasar por encima ningún punto que esa declaración debiera resaltar.

Pero no había necesidad de notas extensas, porque Monseñor Hermann a quien se

dirigía la “Declaración”, conocía muy bien el tema. El buen entendimiento y grado de afecto entre nosotros (el P. Damián y yo) era real y positivo.

Eso no quiere decir que nuestros gustos o costumbres personales se pareciesen en absoluto. No es necesario decir eso y no sería correcto. Cada uno tiene sus propias repugnancias. En años anteriores – antes de venir aquí – yo tenía muchas repugnancias, por mi propia naturaleza.

Pero al comenzar una nueva vida en este lugar tan lejano, en el que encontré, como esperaba, muchas cosas repugnantes a la naturaleza y muy “diferentes”, estaba firme por lo menos en una resolución – “seguir adelante” con todo; no pedir favores especiales, no proporcionar a nadie la menor dificultad si se la puedo evitar razonablemente y hacer lo posible para ayudar a mi vecino de cualquier modo. Ha sido siempre mi esperanza no fallar en esto – y puedo añadir algo que forma parte de lo mismo: ocuparme de lo mío con cuidado y sin miedo, sin mezclarme en los asuntos de otros.

En este vigésimo año, puedo decir que estoy seguro de que nadie puede enfrentarse conmigo y citar ningún fallo importante en esto. No lo digo por darme crédito. Uno por sí mismo no puede hacer bien nada de eso. Son cosas fundamentales del carácter cristiano, y el poder llevarlas a cabo en la vida real, viene con el don de la fe. Pero, por supuesto, todos ustedes saben eso, generalmente mejor que yo. He hablado de ello para considerar propiamente mis relaciones con el P. Damián.

Hay otro tema en relación con él, casi más importante que ninguno al respecto, y es su sacerdocio. Él era un sacerdote, un ministro de Dios. En asuntos de religión propiamente dichos, no tratamos en absoluto con el hombre; su carácter privado no tiene que ver nada con ello. Tratamos con el Altísimo Dios, el sacerdote es solamente un ministro. Pero es un grande y honorable oficio.

En ciertas épocas del año, cuando se ordena a los sacerdotes, todos los fieles del mundo piden que aquellos que van a ser sacerdotes sean hombres dignos de ello. Si esto falla alguna vez no tenemos que preguntarnos la razón. La Divina Providencia trabaja por caminos que no podemos penetrar – y no deberíamos intentarlo. El P. Damián me presionó durante algunos meses para que fuese sacerdote, con tal insistencia que ello era para mí una de las mayores dificultades para cumplir las resoluciones que he citado. Si yo hubiese sido apropiado para ello habría sido diferente.

Y (seguramente fue una prueba permitida para mi bien) yo no podía, por ciertos motivos, decirle por qué yo no era apropiado para ser sacerdote; pero más tarde pude, y él dejó de hablarme de ello. El sacerdocio requiere gran carácter y pureza. Por las “facultades” que tiene (de la autoridad del Obispo para ejercer las tareas del sacerdocio), el sacerdote sirve a Dios y también a los fieles. Si por una triste condición ya no puede cumplir esas tareas – y le retiran esas facultades – sigue siendo sacerdote, la ordenación imparte un carácter que no puede ser destruido. Él también es un hombre y algunas veces tratamos con él como tal, sin ninguna relación con la religión, pero los fieles no podemos olvidar que él es también un sacerdote.

En caso de defectos aparentes, como criatura humana, no podemos estar totalmente ciegos, pero apenas deberíamos hablar de ello. Es como un “asunto de familia”. No hay, sin embargo, nada que ocultar respecto al P. Damián. Lo que se dice en la “Declaración” respecto a su falta de limpieza, etc., había ya sido publicado en todo el mundo. Sus sentimientos hacia mí – su confianza, me los expresó de forma emocionante en el momento de la

muerte. Cuando ya estaba cerca de su final y los Padres habían venido, él les pidió que me dejaran todos sus efectos personales y sus cuentas monetarias para ordenarlo todo – y eso es lo que hice, entregando los informes finales al Obispo, su cuenta bancaria y todo lo relacionado con esos asuntos, incluyendo las cartas de Inglaterra que llegaron con el fondo de donaciones de Chapman. Debe haber habido varios cientos de esas cartas, todas escritas por los suscriptores del fondo en Inglaterra. Era un capricho del Sr. Chapman el pedir una carta con cada suscripción. Procedían principalmente de personajes notables y con título, y expresaban su gran admiración por el P. Damián. Las empaqueté de forma muy apretada, llenando, recuerdo, una de las cajas de medicina japonesa, y así se las envié al Obispo.

También envié al Obispo, en un paquete, la condecoración otorgada al P. Damián por el rey Kalakaua. El Obispo creo que se la devolvió a Kalakaua, y si no me equivoco, más tarde la envió, previo pago, al Sr. A. Hoffnung, de Londres - ¿O fue al Sr. E. Clifford? – Los otros “efectos” se entregaron al P. James que era uno de los ejecutores; yo era el otro.

Como la Misión – más tarde – deseaba un sacerdote en Honolulu que fuese el ejecutor con el P. James (que estaba entonces destinado en Maui), la corte hizo el cambio ante mi solicitud, porque yo no deseaba ir a Honolulu.

Esto debió ser en 1889, quizá en 1890. El P. Damián murió en abril de 1889. En 1893 los Padres aquí y en Bélgica, me pidieron de nuevo tomar sus efectos y ordenarlos y enviarlos (los que estaban en buen estado) al Instituto Damián, cerca de Lovaina, Bélgica, con una lista detallada completa de los mismos, con mi certificado del uso real que había hecho el P. Damián de esos artículos. Algunos eran de uso personal solamente y otros pertenecían a la iglesia y él los había usado – ornamentos, libros, etc.

Se me pidió a mí porque esos artículos estaban a mi cargo antes y después de la muerte de P. Damián, y no había otro ser viviente que pudiese testificar respecto del uso real. Fui a Kalaupapa el 15 de abril de 1893 para terminar de ordenar todas esas cosas. Esa fue mi última visita a Kalupapa – a unas dos millas de distancia. No he salido de los terrenos de nuestro Hogar aquí en Kalawao desde aquel día.

Mientras vivía el Padre Damián, había ido a Kalaupapa con él dos días por semana. Tras su muerte tuve pocas ocasiones de ir excepto para ocuparme de esos “efectos”. Y entonces llegó la construcción del nuevo Hogar aquí (1895) – el actual Hogar Baldwin para Muchachos.

Los Hermanos de la Congregación no habían llegado todavía. Mis manos estaban totalmente ocupadas con el trabajo de rutina – cuidado de los enfermos – vendaje de llagas, y el trabajo de construcción del nuevo Hogar. Durante años no pude, ni tenía necesidad de salir de estos terrenos. Apenas pensaba en ello entonces. Al pasar los años encontré la situación totalmente conforme con mi idea de reparación – lo que me trajo aquí, para ayudar a mi prójimo y cumplir la penitencia de la Iglesia primitiva, en la penitenciaría; haciendo de esta mi penitenciaría – una muy feliz para el pobre resto de mi vida.

Todos los funcionarios han respetado mis sentimientos en esto, y les estoy muy agradecido. Un amigo de los que más quiero, de las islas o cualquier otra parte, me sugirió una vacación - hace años, cuando mi salud iba fallando un poco; incluso presionándome para ello, incapaz al principio de ver que nada podría hacerme más miserable.

Eso, y la sugerencia del P. Damián que cité anteriormente (de que me hiciese sacerdote) me hicieron sufrir más – esas dos cosas – que todo lo demás que me haya podido su-

ceder aquí. Es tan difícil para nosotros comprender las necesidades y deseos de los otros... Porque yo tengo vacación continua, cada bendito momento de todos estos benditos años – haciendo lo que quiero – lo que pienso que necesita mi alma – el trabajo que me gusta hacer. Cualquier otra cosa sería esclavitud. Haraganear por ahí me haría miserable. Estoy encantado como estoy. Creo que la gente me quiere aquí y estoy seguro de que yo los quiero a ellos.

Este trabajo ha ido creciendo – esta “Revisión”, como parece que se le ha denominado, al verlo ahora por el título de la primera página, de fecha 1 de noviembre de 1906. Escribí a trozos, - cuando tenía oportunidad - hasta un poco antes de Navidad.

Luego tuve que dejarlo de lado – también las cartas sociales – todo lo que podía dejarse de lado. Sin contar con exactitud, diría que debe de haber ahora unas 200 páginas de cartas personales o sociales para contestar en algún momento.

Guardo borradores de estos trozos de escritura; algunos pueden ser útiles como referencia en caso de que escriba los “Recuerdos” – y posiblemente para el “Souvenir”. Espero hacer este último hacia julio de este año, mi vigésimo año aquí. (*Todavía no empezado, en mayo del 07*). Versará principalmente sobre los primeros años – para los amigos de entonces – no para la venta.

Ninguno de los trozos que pueda escribir lo son por ganancia. Serán gratis – propiedad pública, y para constancia pública. Algunas partes quizá sean de utilidad como “material” para escritores con estilo literario y disposición para poner esos temas en forma legible.

Muy respetuosamente.

José Dutton

Kalawao, Molokai 22 de febrero de 1906

(*Repasado y firmado 7 de mayo de 1907 Resp. J.D.*)



HERMANO DUTTON: EN LA ESCUELA DE DAMIÁN

“Mi nombre es Joseph Dutton; he venido a ayudar y he venido a quedarme.” Esas fueron las palabras que dirigió al Padre Damián un hombre que desembarcó de un vapor en Kalaupapa en 1886¹. Damián, antes del amanecer, se había ido desde Kalawao en su caleza para dar la bienvenida a los nuevos pacientes leproso que seguramente estarían en el barco. Pero no esperaba a este extranjero, vestido con un traje de dril y llevando un saco de dormir, que al quedarse resultó ser una bendición. Hemos de considerar que esas fueron las palabras que se cruzaron, aunque no documentadas o probadas como tales, pero conociendo el sentido de compromiso de Dutton, son creíbles.

Ira Dutton había nacido cuarenta y tres años antes en Stowe, Vermont, USA. En el intermedio entre su adolescencia y juventud, se trasladó con su familia a Janesville, Wisconsin, donde asistió al colegio a regañadientes, trabajó como dependiente y librero e incluso encontró tiempo para formar un grupo paramilitar de jóvenes de su misma edad. Este grupo, los Zuavos, formaban parte del tercer Regimiento de Wisconsin; Dutton, a los 18 años, fue de los primeros en alistarse cuando la Guerra Civil Americana estalló. Su obediencia al capitán del cuartel le llevó al Sur más lejano, por lo que se ganó un afecto que nunca le abandonó.

Después de ascender a primer teniente, Dutton comenzó lo que se convertiría en un insatisfactorio matrimonio, a pesar de las advertencias de sus amigos. Él nunca habló o escribió sobre los quince años de su vida matrimonial, pero parece que descubrió a su mujer no sólo infiel sino también extravagante. Él la perdonó muchas veces. Finalmente ella se fue a New York City, aunque siguieron casados hasta que él pidió el divorcio después de fracasar rogándole a ella que volviera. Los siguientes años pueden ser llamados los “años ocultos”. Sólo se conoce de estos años su trabajo para la administración identificando las tumbas de los soldados de la Unión caídos, vigilando que fueran enterrados en tumbas militares y que sus efectos personales fueran devueltos a sus familiares. Dutton habló rara vez de esos años de posguerra y nunca habló de las cosas que tuvo que hacer en aquel tiempo, excepto para defender que él deseaba vivir una vida de penitencia, una promesa personal que finalmente le llevó a Kalaupapa.

Se sabe que cuando terminó su empleo en la administración, trabajó para el Ferrocarril Louisville & Nashville en Memphis, una ciudad con la que crearía grandes lazos. Estuvo cinco años con la compañía y al dejarla, fue agente recaudador para el área general. Durante esos años hizo muchos buenos amigos en Memphis, gente importante, incluido Jefferson Davis, Presidente de la Confederación. Pero aparentemente también se asoció a otros que le causaron problemas de conciencia. Tuvo problemas con el alcohol que más tarde fue capaz de superar. Fue considerado un tipo guapo y una persona valerosa.

Parece que no hay razón o razones concretas que le hicieran decidir dejar el alcohol. Tampoco hay ninguna razón conocida por la que decidiera convertirse al Catolicismo estando en Memphis. De muchacho fue educado en el protestantismo, pero no hay indicios de que fuera practicante. Sus biógrafos parecen estar de acuerdo en que simplemente quiso dar sentido a su vida, y esto sólo puede realizarse corrigiendo su comportamiento. Tan se-

1. El artículo está tomado del libro “*Yesterday at Kalaupapa*”, by Emmett Cahill, Edit.Limited, Honolulu, 1994², 115 pgs. (32-35). La mayor parte del libro es una colección de fotografías antiguas y muy valiosas de la península de Kalaupapa. Traducción realizada por Laura Ferrero.

rio fue su intento, que alrededor de 1883 se incorporó a la vida monástica. El antiguo primer lugarteniente fue aceptado como postulante en la más severa orden religiosa de sacerdotes y hermanos, los Trapenses. Aunque no profesó los votos formales de los monjes, estuvo los 22 meses siguientes en su monasterio en Gethsemani, Kentucky. Fue conocido como Joseph Dutton durante el tiempo que trabajó y vivió con los otros postulantes. Renunció entonces a su nombre de "Ira", prefiriendo ser conocido como José. (Más tarde, el Padre Damián le llamó "hermano" cuando se conocieron en Kalaupapa en 1886. Era un apelativo que le encajaba, por su fraternidad y amor tan característicos hacia los hombres. Conocido como un hombre con sentido del humor y siempre con picardía en sus ojos, una vez contestó: "No me importa cómo me llamen, con tal de no llegar tarde al desayuno".

La vida trapense era labor manual, contemplación, adoración y oración. Después de casi dos años de vida austera, Joseph Dutton decidió que la vida contemplativa era para otros, no para él. Por su naturaleza anhelaba una vida de acción y servicio. Dejó el monasterio teniendo la bendición del Abad. Poco después oyó hablar de un hombre de una isla en Hawai que estaba cuidando cientos de víctimas de la lepra. Viajó a la Universidad de Notre Dame y habló de unirse al Padre Damián con un profesor llamado Charles Warren Stoddard. Stoddard, un reconocido escritor, había visitado ya antes la leprosería, conocido a Damián y escrito un libro sobre la persona que había llamado la atención de Dutton. Parece que Stoddard dio ánimos a Dutton. Poco después emprendió su viaje hacia Honolulu, donde desembarcó vestido de la forma que utilizaría el resto de su vida: un sencillo traje de dril. Se quedó en la ciudad sólo unos días, lo suficiente para conseguir credenciales del obispo y del Comité de Sanidad.

El día siguiente a su llegada a Kalawao, Dutton se levantó a las 4:30 de la mañana, lo que sería su costumbre durante el resto de su vida, un hábito que probablemente adquirió de su experiencia trapense. Damián y Dutton hicieron buenas migas y una forma de amistad que nunca se empañaría. Les agradaba la conversación del otro y compartían los mismos ideales sobre la mejora de la vida y bienestar de los 700 u 800 pacientes de la institución. Dutton demostró ser un importante tónico para Damián, que había sufrido la soledad y ahora la lepra; ambos sabían que los días de Damián estaban contados. El hombre que pronto continuaría el trabajo de Damián le ayudó como enfermero, administrador, constructor, sacristán, consejero y cuidador. Damián tenía ahora a su derecha a un hombre dispuesto a asumir la misión, y hacerlo de buena gana y con entusiasmo. Al mismo tiempo, la impaciencia de Damián se equilibraba con el temperamento templado y tolerante de Dutton.

Lejos de ser un hombre triste, lo que cualquiera esperaría de una persona penitente, Dutton siempre fue jovial. Fue también un consumado corresponsal y se sentía obligado a contestar personalmente cada carta que llegaba a la institución. Y llegaban por cientos, pues en ese tiempo la fama de Damián y la de la institución se había difundido por todas partes. Además de responder a todas esas cartas, Dutton tenía una larga lista con sus amigos de Memphis con los que mantenía el contacto. A menudo daba la medianoche antes de que Dutton pudiera dejar la pluma y retirarse, para levantarse de nuevo a las 4:30 de la mañana. Cuando el tiempo lo permitía, leía los muchos periódicos a los que estaba suscrito, incluyendo el periódico diario de Memphis, que llegaba por paquetes. También escribió artículos para varias publicaciones, incluyendo uno sobre Molokai para la Enciclopedia Católica.

Dutton había sido un celoso patriota americano desde los días de su grupo de instrucción juvenil y especialmente cuando se alistó con las fuerzas de la Unión en la Guerra Civil. No sólo las banderas americana y hawaiana adornaban su oficina, sino que cuando una bandera fue levantada delante de la casa de los hombres, izar y arriar las Barras y las

Estrellas era su placer diario. Cuando se enteró de que la flota americana iba a dar la vuelta al mundo en 1908, escribió al Presidente Theodoro Roosevelt para que hiciera pasar la flota por Kalaupapa. Una soleada mañana de verano, dieciséis buques rodearon la península y mientras navegaban saludaron con la bandera a aquellos puntos que los miraban desde las orillas del poblado de la institución.

Las habilidades de Dutton en la administración, gracias posiblemente a sus años con el capitán de cuartel, condujeron al Consejo Territorial de Sanidad a pedirle que fuera el director de Baldwin Boys Home. Tomó esta responsabilidad con la misma competencia característica de todo lo que hacía. Y lo hizo sin contraprestación, incluso donó su pensión de guerra a la caridad. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando había tantos enfermos como ayudantes, destinó su dinero tanto para los pacientes como para los ayudantes, 3.000 \$ para los fondos de la guerra (mutilados) y 6.000 \$ a la Cruz Roja. Su pequeña pero arreglada oficina, amueblada de forma distinta del dormitorio, estaba llena de menciones y honores. Y normalmente, había una pila de cartas sin contestar.

En 1913, circuló la noticia de la muerte de Dutton, como ocurriera en el pasado, en los principales periódicos tanto locales como de los Estados Unidos. Él tan sólo decía: “Todavía estoy vivo, aunque lo normal sea pensar que no lo estoy”. En efecto, todavía vivió dieciocho años más.

Una curiosidad de los años en los que Dutton estuvo en Kalawao es que nunca dejó Baldwin Home, a excepción de los tres viajes que hizo a Kalaupapa, a dos millas de distancia. Durante sus 44 años en la institución, en su oración pedía morir en Baldwin Home, el lugar que tanto amaba. Pero no pudo ser. Tenía unos 85 años cuando su salud comenzó a fallar, primero el oído, luego cataratas, más tarde una o dos temporadas con vértigos; después los hermanos de los Sagrados Corazones que le acompañaban le metieron en la cama. Cuando lo llevaron al hospital de Kalaupapa, fue la primera vez que montó en automóvil. Como estaba claro que necesitaba cuidados médicos completos, ingresó en el hospital St. Francis de Honolulu. Se resistió, pero parece que estaba demasiado débil para pelear. Era la primera vez que regresaba a Honolulu desde 1886. Una vez que estuvo en St. Francis, recibió los mejores cuidados –sus cataratas mejoraron y pudo volver a leer, y también recibió la visita de muchas personas selectas- pero el trabajo y la avanzada edad le pasaron factura. Murió en paz el 26 de marzo de 1931, a la edad de 88 años. Poco antes de su muerte enseñó su agenda con los nombres y direcciones de las miles de personas con los que se había escrito durante años. Tan sólo unos pocos días antes de morir, se agitó y lamentó porque, ahora que estaba en cama, podría contestar alguna de las 400 cartas que deseaba responder.

Una misa de funeral se celebró con todos los honores en la Catedral de Nuestra Señora de la Paz, que estaba llena de gente. Su entierro en el cementerio de Sta. Philomena en Kalawao, enfrente del Hogar de los Muchachos, agradó a los enfermos. Conoció a muchos de ellos siendo niños y ahora eran de mediana edad. Cuando su cuerpo fue enterrado junto al de Damián, sonaron los tambores. Fue una despedida digna de un noble viejo soldado.

A pesar de que el lugar del Hogar de los Muchachos no es ahora más que un solar desierto, Kalawao todavía recuerda con honor a Dutton. (Sólo volvió una vez a Janesville, Wisconsin, a visitar a su madre viuda, a la que amaba mucho). Janesville y Wisconsin han declarado a Dutton como su hijo natural, igual que Stowe, Vermont. Los vecinos de Janesville, Beloit, construyeron la Brother Dutton High School en conmemoración a Dutton, cuando él todavía vivía. A menudo los admiradores visitan su tumba para presentarle sus respetos. En toda el área de Kalawao todavía resuenan las pisadas y recuerdos del Padre Damián y del Hermano Dutton.

Oración con Damián de los pobres

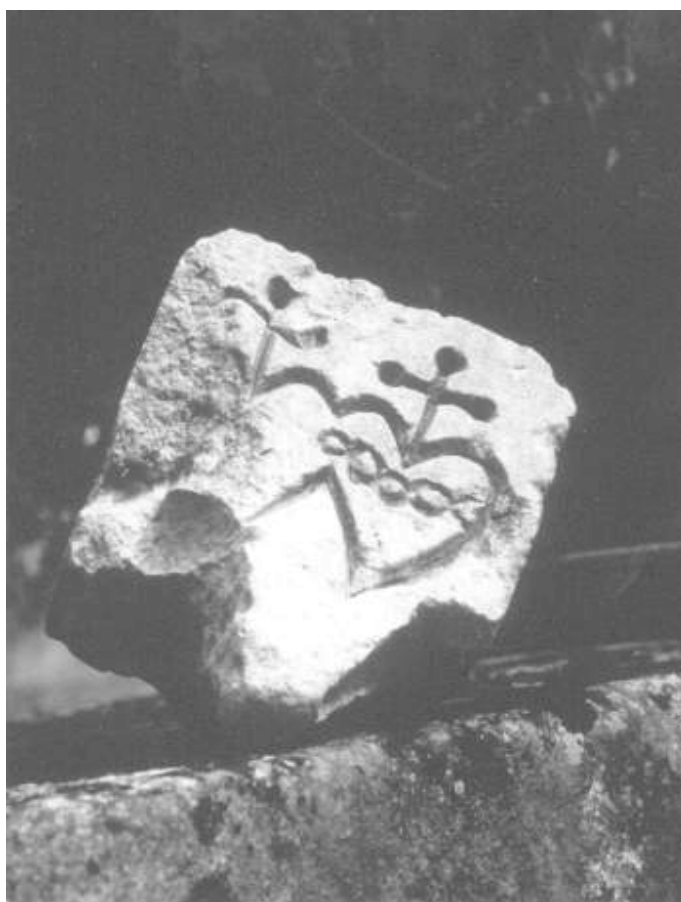
Dios, Padre Nuestro,
Tú nos has manifestado tu amor
en tu Hijo, Jesús,
que vino para servirnos y dar su vida por nosotros.
Te damos gracias por las maravillas que realizaste
en la vida del beato Damián de Molokai.

Él escuchó la llamada de Jesús a seguirlo
y entregó su vida por los más pobres, los leprosos,
a quienes hizo recuperar
su dignidad de personas humanas.

Animados por su ejemplo
y confiados en su intercesión,
venimos a Ti
con nuestros sufrimientos, nuestras penas
y con nuestras esperanzas.

Que el Espíritu Santo abra nuestros corazones
ante la miseria del mundo,
entonces, como Damián, te encontraremos
en los rostros de los marginados por la sociedad
y podremos revelarles el amor que Tú tienes
para cada uno de ellos.

Bendito seas Tú, Señor,
Padre lleno de ternura y amor,
Tú que eres nuestro Dios, desde siempre
y por toda la eternidad. Amén



Congregación de los Sagrados Corazones
Provincia de España
C/ Padre Damián, 2
28036 Madrid

Tfno. : 91 564 78 95
Fax: 91 561 14 43
e-mail: psces@planalfa.es